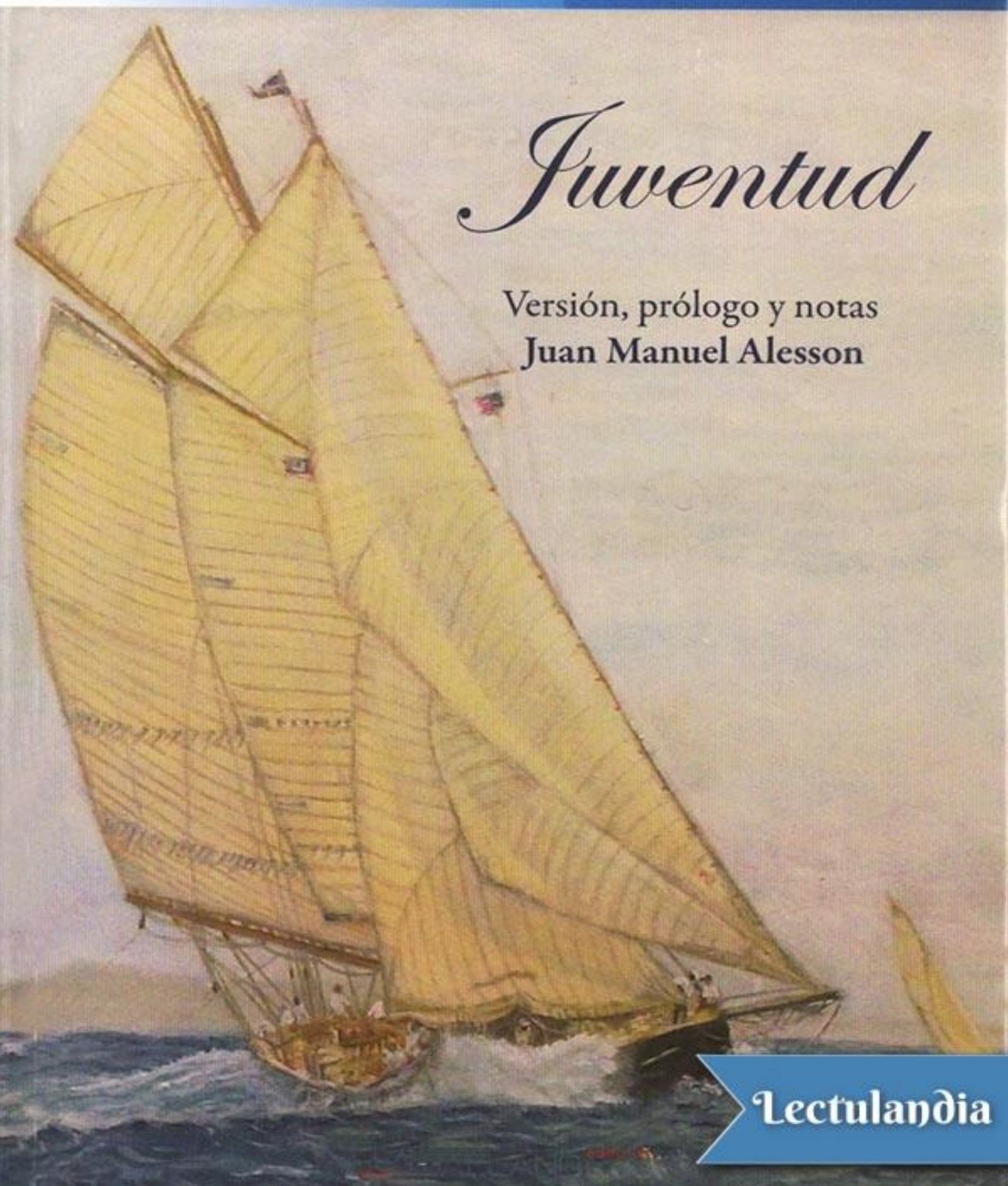


*Joseph Conrad*

*Juventud*

Versión, prólogo y notas  
Juan Manuel Alesson



**Lectulandia**

El mar, en *Juventud*, lo es todo. Es el elemento que configura el temperamento y la existencia de los marinos. Es la medida del carácter, el valor y la aptitud profesional de unos hombres a quienes cambia siempre la vida.

La fascinación de esta novela magistral se debe a sus protagonistas: los sueños de la juventud, un viejo velero, un viaje, el océano y la prodigiosa aventura que los acompaña.

**Lectulandia**

Joseph Conrad

**Juventud**

ePub r1.0

Titivillus 21.12.15

Título original: *Youth*  
Joseph Conrad, 1902  
Traducción: Juan Manuel Alesson  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mi mujer...*

*... pero el enano respondió:  
«No, lo humano es más querido para mí  
que toda la riqueza del mundo».*

*Cuentos de Grimm*

## NOTA DEL AUTOR<sup>[1]</sup>

... (*Juventud*) supone la primera aparición en el mundo del personaje de Marlow, con quien mi relación a lo largo de los años ha llegado a ser muy íntima. Los orígenes de este caballero (no sé de nadie que haya sugerido nunca que fuera otra cosa) han sido objeto de ciertas especulaciones literarias, me alegra decirlo, de índole amistosa.

Se podría creer que soy la persona indicada para arrojar luz sobre la materia pero, descubro que, en realidad, no es tan fácil. Es agradable recordar el hecho de que nadie le haya atribuido intenciones fraudulentas o lo haya menospreciado por ser un charlatán. Al margen de esto, ha suscitado toda suerte de cosas: que se trataba de un hábil encubrimiento; una simple invención; un «doble»; un espíritu familiar; un demonio maldiciente. Yo mismo he sido sospechoso de haber urdido un meditado plan para apropiármelo.

Esto no es así. No he urdido ningún plan. El personaje de Marlow y yo nos encontramos accidentalmente, como sucede con esos encuentros en los balnearios que, a veces, fructifican en amistad. El nuestro fructificó.

Pese a toda la firmeza de sus opiniones, no es un entrometido. Frecuenta mis horas de soledad cuando, en silencio, reclinamos nuestras cabezas cómoda y armoniosamente. Sin embargo, cada vez que nos separamos al concluir un relato, nunca estoy seguro de que no sea esa la última vez que lo hagamos. Creo, incluso, que a ninguno de los dos le importase mucho sobrevivir al otro. En cualquier caso, se quedaría sin ocupación, y le pesaría, pues sospecho en él cierta vanidad. No hablo de vanidad en sentido salomónico. De todos mis personajes es el único que no ha supuesto enojo alguno para mi espíritu. Un personaje de lo más discreto y comprensivo...

Aún antes de aparecer en forma de libro, *Juventud* fue muy bien recibido. Finalmente me queda confesar, y este es un sitio tan bueno como cualquier otro para hacerlo, que durante toda mi vida —mis dos vidas enteras—, he sido el mimado hijo adoptivo de Gran Bretaña, y hasta del Imperio, pues fue en Australia donde obtuve mi primer mando. No hago esta declaración por una oculta tendencia a la megalomanía sino como un hombre que, por el contrario, no se hace muchas ilusiones sobre sí mismo. Obedezco a los mismos instintos de vanagloria y humildad comunes a todo el género humano. Porque difícilmente puede negarse que no es de sus propios merecimientos de lo que los hombres están más orgullosos sino, más bien, de su prodigiosa suerte, de su maravillosa fortuna: de aquello que en sus vidas provoca que el agradecimiento y el sacrificio deban ser hechos ante el altar de los dioses inescrutables.

## AGRADECIMIENTOS

**Agradecimientos:** Santiago Velo de Antelo; María Nevado y su hija, Ayahe; un amigo británico, ingeniero y marino; Pedro Morales, Carmen Torres, que amablemente leyeron el texto y lo comentaron; Nina Poppinga; Bárbara Brandys, que estudió el libro y planteó treinta propuestas sobre la traducción; Sonia Mazas; Salvador Cayuela y Peter Lister prestaron su generosa ayuda para concluir esta versión de *Youth*.

Tengo el convencimiento de que no habría podido traducir esta obra de Joseph Conrad sin conocer antes algo del mar. Desde niño he pasado miles de horas navegando a bordo de diferentes tipos de veleros. Me gustaría que esto no fuese recibido como un absurdo acto de vanagloria personal. Después de haberlo meditado y consultado en distintas ocasiones, me he decido finalmente a hacer esta confesión —en el más puro estilo conradiano— porque, expresándolo con la mayor sinceridad, la entiendo aquí necesaria. Quiero imaginar que el viejo marino asentiría levemente con la cabeza.

Juan Manuel Alesson

## PRÓLOGO<sup>[2]</sup>

*Para mí, el barco no era un viejo y destartado carro  
arrastrando a través del mundo un flete de carbón;  
para mí significaba el esfuerzo, la prueba, el juicio de la vida.  
Pienso en él con gusto, con afecto, con pena;  
como piensas en alguien muerto que has amado.  
Nunca lo olvidaré...*

*Joseph Conrad*

**L**a historia de la literatura no recuerda el caso de otro escritor que haya sentido por el mar, los veleros y el oficio de marino un amor tan profundo como el que Joseph Conrad les profesó.

El mar, los barcos de vela, y los hombres que navegan a bordo. Las pruebas de ese amor se prodigan a lo largo de las páginas, y magnífica prueba de ello es *Juventud*. Conrad no se turba al declarar sus sentimientos. Son confesiones irrepetibles. Cierta capitán se sorprende siempre al ver de pronto su barco. Otro, en cambio, lo abandona porque únicamente se trata de «*un barco del que lo peor que podía decirse es que era de vapor, y quizá, por tanto, sin derecho a esa ciega fidelidad que...*». En cualquier caso, el marino confesará más tarde: «*Una pasión súbita, hecha de ávida impaciencia, corrió de repente por mis venas y despertó en mí una sensación de vida intensa que ignoraba hasta entonces y que no he vuelto a experimentar después. Entonces descubrí hasta qué punto era yo marino de corazón, de pensamiento y, por así decirlo, físicamente; un hombre que solo se interesaba por el mar y los barcos: el mar, el único mundo que contaba, y los barcos, piedra de toque de la virilidad, del temperamento, del valor y la fidelidad... y del amor*».

Qué hombre no se preguntaría por la naturaleza de la criatura capaz de provocar en un semejante tal fascinación única, tan apasionado éxtasis. «*Sí, allí estaba. La visión de su casco y su aparejo me llenaron de alegría... La primera mirada me bastó para reconocer que era un barco de primera clase, una criatura armoniosa por las líneas de su esbelto cuerpo y la altura proporcionada de sus palos. Fuera cuales fueran su edad y su historia, había conservado el sello de su origen. Era uno de aquellos barcos que, en virtud de su línea y su perfecto acabado, nunca parecen viejos. Amarrado en medio de sus compañeros en la orilla, y pese a la mayor altura de todos ellos, parecía el producto de una raza superior, como un corcel árabe en medio de una fila de caballos de tiro*». Y añade: «*Aquella ilusión de vida y*

personalidad que nos encanta en las más bellas obras humanas, emanaba de sus formas...».

El espíritu del marino les otorga un carácter propio. Una personalidad. *«El velero, cuando yo lo conocí, en los tiempos en que alcanzó su perfección, era una criatura sensible»* (...) *«Un barco es una criatura delicada, y debe tenerse muy en cuenta su idiosincrasia si se aspira a que tanto él como uno mismo salgan bien librados de los diversos avatares de su vida»*.

No obstante, el escritor sabía que en la vida las cosas son lo que son: *«Nos divertimos, pero sin la menor alegría. No hubo en el viaje ni un solo instante de solaz, porque ningún marino puede sentirse a gusto, ni de cuerpo ni de espíritu, cuando su barco va incómodo por su culpa»*. Y acto seguido, nos previene *«un barco no es un esclavo. No hay que forzarlo en una mar gruesa, no hay que olvidar nunca que uno le debe la mayor parte de sus ideas, de su habilidad, de su amor propio»*. Sabía que nadie escapa a los fracasos: *«¡Por Júpiter! ¡Hemos encallado!»*; aunque el destino le tenga reservadas a sus elegidos ciertas alegrías tan emotivas e intensas como esta: *«Sí, sí; el capitán metió el barco en tierra y nosotros lo sacamos»*.

Hay momentos en los que Conrad llega a inquietarnos: *«El barco de vela, con su cuerpo no palpitante, parecía llevar, misteriosamente, una especie de existencia extraterrenal, lindante con la magia de las fuerzas invisibles y sustentada por la inspiración de los vientos que dan la vida y traen la muerte»*. Y a iluminarnos *«... nunca ha habido ni un solo farsante entre los pocos patronos de veleros de regatas que hayan alcanzado auténtica categoría. Habría sido demasiado difícil. La dificultad estriba en el hecho de que uno no trata con barcos en masa, sino con cada barco como individuo. Quizá deberíamos hacer otro tanto con los hombres»*.

El prólogo de *El Espejo del Mar* concluye con las siguientes palabras: *«En estas páginas hago una confesión completa, no de mis pecados, sino de mis emociones. Es el mejor tributo que mi piedad puede rendir a los configuradores últimos de mi carácter, de mis convicciones, y en cierto modo, de mi destino: al mar imperecedero, a los barcos que ya no existen y a los hombres sencillos cuyo tiempo ya ha pasado»*.

Los marinos de hoy poco o nada tienen que ver con los de su tiempo. Conrad escribió *Juventud* cuando la suya era ya un recuerdo. No obstante, hay algo que permanece... *«¡Ah! Los viejos tiempos, los viejos tiempos. Juventud y mar. ¡El hechizo y el mar! El bueno y duro mar; el salado y amargo mar, que te podía susurrar algo y rugirte y cortarte la respiración»*. *«Aunque lo más maravilloso de todo es el mar, creo, el mismo mar...»*.

Lector, tienes en tus manos *Juventud*. Un día, Juan Benet me dijo esto: *«Lord Jim es un cuento, y Youth, una novela»*.

Juan Manuel Alesson

La Navata, noviembre, 1998

En las «Notas» incluidas por el traductor, J. M. Alesson va estableciendo paralelismos entre el relato y la experiencia personal de Conrad a bordo del *Palestina*.

## JUVENTUD: UN RELATO

**E**sto no podía haber ocurrido más que en Inglaterra, donde los hombres y el mar se compenetran, por así decirlo: el mar entra en la vida de la mayoría de los hombres, y los hombres saben algo o todo acerca del mar, ya sea por diversión, por los viajes, o como forma de ganarse el pan.

Estábamos sentados alrededor de una mesa de caoba que reflejaba una botella, los vasos de vino, y nuestras caras al apoyarnos en los codos. Éramos un director de compañías<sup>[3]</sup>, un contable, un abogado, Marlow, y yo mismo. El director había sido un *Conway*<sup>[4]</sup>; el contable había servido cuatro años en el mar; el abogado, un excelente y curtido Tory<sup>[5]</sup>, High Churchman<sup>[6]</sup>, el mejor de los compañeros, la esencia del honor, había sido oficial jefe al servicio de la P&O<sup>[7]</sup> en los viejos tiempos, cuando los correos arbolaban al menos dos palos en cruz<sup>[8]</sup>, y solían bajar por el Mar de China con un bonancible monzón, y con la alas altas y bajas desplegadas. Todos empezamos en la marina mercante. A los cinco nos unía el fuerte lazo del mar y, también, la camaradería de un oficio que no valora el entusiasmo por las regatas, los cruceros, y todo lo que estos nos puedan ofrecer, ya que lo uno solo es la diversión de la vida, y lo otro es la vida misma.

Marlow (al menos, creo que así escribía su nombre) contó la historia, o más bien, la crónica de un viaje:

«Sí, he visto algo de los mares de Oriente: pero lo que mejor recuerdo es mi primer viaje allí. Vosotros conocéis ya esos viajes que parecen como destinados a ilustrar la vida y que llegan a erigirse en un símbolo de la existencia. Tú, peleas, trabajas, sudas, casi te matas, a veces te matas realmente procurando hacer algo, y no puedes. No es por tu culpa. Sencillamente, no puedes hacer nada, grande ni pequeño, nada en este mundo, ni siquiera casarte con una solterona o transportar un mísero cargamento de 600 toneladas de carbón a su puerto de destino».

«Todo él, fue un asunto memorable. Era mi primer viaje al Oriente y mi primer viaje como segundo de a bordo; también era el primer barco que mandaba mi patrón<sup>[9]</sup>. Admitiréis que ya era hora. Tenía alrededor de sesenta años: era un hombre pequeño, con unas espaldas anchas y no muy derechas, los hombros arqueados, y una pierna más zamba que otra, que le daba esa curiosa apariencia retorcida que con tanta frecuencia se observa en los hombres que trabajan en el campo. Tenía una cara que parecía un cascanueces, la barbilla y la nariz tratando de unirse por delante de una boca hundida, enmarcada en una pelusilla de color gris metálico, semejante a un barboquejo de algodón hidrófilo, que la rociaba como con polvo de carbón. Y en aquella vieja cara tenía unos ojos azules asombrosamente parecidos a los de un muchacho, con esa cándida expresión que algunos hombres comunes preservan hasta

el final de sus días, merced a una rara cualidad interior de sencillez de corazón y rectitud de espíritu. Qué lo indujo a admitirme, es un misterio. Yo procedía de un clíper australiano de primera clase, donde había servido como tercer oficial, y daba la impresión de que él albergaba algunos prejuicios contra esos clíper de primera clase tan aristocráticos y de gran tonelaje. Me dijo: “Hazte a la idea de que en este barco tendrás que trabajar”. Le respondí que siempre había tenido que trabajar en los barcos donde había estado. “Ah, pero este es diferente; y vosotros, los caballeros que llegáis de los grandes barcos... Me atrevo a decir que aquí tendrás que hacerlo... Preséntate mañana”».

«Me presenté a la mañana siguiente. Hace veintidós años; yo solo tenía veinte. ¡Cómo pasa el tiempo! Fue uno de los días más felices de mi vida. ¡Figuraos! Segundo oficial por primera vez; un oficial con verdadera responsabilidad. No habría cambiado mi nuevo destino por una fortuna. El primero me examinó cuidadosamente. Era viejo también, pero tenía otro aire. Tenía una nariz romana, una larga barba blanca como la nieve, y su nombre era Mahon<sup>[10]</sup>, aunque él insistía en que se pronunciase Mann. Pese a que estaba bien relacionado, tuvo mala suerte y nunca prosperó».

«En cuanto al capitán, este había navegado durante muchos años en barcos de cabotaje; después, en el Mediterráneo, y últimamente, en el comercio de las Indias Occidentales. No había doblado los Cabos<sup>[11]</sup>. Apenas sabía escribir unos pocos garabatos, pero le traía sin cuidado. Desde luego, ambos eran buenos marinos, y entre aquellos dos mozos me encontraba yo como un niño entre dos abuelos».

«El barco también era viejo. Se llamaba *Judea*. Curioso nombre, ¿verdad? Había sido de un tal Wilmer, Wilcox, o algo así, que había quebrado y muerto veinte años antes, o quizá más. El nombre no importa. El barco estaba fondeado en la dársena de Shadwell desde entonces. Os podéis imaginar el aspecto. Todo era herrumbre, polvo y tizne: hollín arriba y mugre en cubierta. Para mi era igual que salir de un palacio<sup>[12]</sup> y entrar en una choza en ruinas. Tenía cuatrocientas toneladas aproximadamente, un cabrestante rudimentario, picaportes de madera en las puertas, ni rastro de bronce, y una enorme popa cuadrada. Y bajo el nombre pintado con grandes letras, un montón de filigranas, ya sin dorados, y una especie de escudo de armas con el lema “Hazlo o muere” debajo. Recuerdo que despertó infinitamente mi imaginación. Había una pincelada de novelesco en todo aquello, algo que me hizo querer al viejo trasto<sup>[13]</sup> ¡algo que llamaba a mi juventud!».

«Dejamos Londres en lastre, lastre de arena, para cargar carbón en un puerto del norte, con destino a Bangkok. ¡Bangkok! Me estremecí. Llevaba seis años en el mar, pero solo había conocido Melbourne y Sydney<sup>[14]</sup>: sitios muy buenos, y a su manera, con encanto, pero... ¡Bangkok!».

«Salimos del Támesis a vela, con un práctico del Mar del Norte. Se llamaba

Jermyn y se pasaba el día entero perdido en la cocina, secando el pañuelo en el fogón. Daba la impresión de que no durmiera nunca.

Era un hombre desgraciado, con una lágrima perpetua centelleando en la punta de la nariz, que alguna vez había tenido problemas, o los tenía, o esperaba tenerlos: no podía ser feliz si algo no iba mal. Recelaba de mi juventud, de mi sentido común y de mi capacidad como marino, y se dedicó a demostrarlo de cien formas diferentes. Tal vez tuviera razón. Me parece que yo sabía muy poco entonces y que ahora no sé mucho más, pero he seguido sintiendo hasta hoy el mismo odio por aquel Jermyn».

«Nos pasamos una semana maniobrando para llegar hasta la rada de Yarmouth, y entonces nos metimos en un temporal, el famoso temporal de octubre de hace veintidós años. Hubo viento, relámpagos, cellisca, nieve, y un mar terrorífico. Íbamos dando tumbos, y os podéis imaginar lo malo que fue aquello cuando os diga que las bordas estaban deshechas y la cubierta anegada. En la segunda noche, el lastre se corrió a la banda de sotavento; en ese momento, ya habíamos derivado hasta algún punto del Dogger Bank. No nos quedaba más remedio que bajar con palas y tratar de enderezarlo; y allí estábamos, en aquella inmensa bodega, tenebrosa como una caverna, las vacilantes bujías de sebo clavadas en los baos, el temporal rugiendo arriba y el barco arrastrándose de costado como un loco. Todos estábamos allí, Jermyn, el capitán, todos, sosteniéndonos a duras penas en pie, tratando de arrojar paladas de arena húmeda a barlovento, empeñados en aquel trabajo de sepultureros. A cada bandazo del barco, vagamente, se veía en la penumbra caer a los hombres en una aparatosa floritura con las palas. Uno de los grumetes (llevábamos dos)<sup>[15]</sup>, impresionado por lo irreal de la escena, lloraba como si fuera a rompersele el corazón. Lo oíamos llorando a mares entre las sombras».

«Al tercer día cedió el temporal, y al cabo de cierto tiempo, nos recogió un remolcador nórdico. ¡Tardamos dieciséis días en total para llegar desde Londres al Tyne! Cuando atracamos en el muelle habíamos perdido el turno para cargar y nos pusieron en cola durante un mes. La señora Beard (el nombre del capitán era Beard) llegó desde Colchester<sup>[16]</sup> para ver al viejo. Vivía a bordo. Los desertores<sup>[17]</sup> nos habían dejado, y solo quedábamos allí los oficiales, un grumete y el camarero, un mulato<sup>[18]</sup> que atendía por Abraham. La señora Beard era una anciana con toda la cara llena de arrugas, colorada como una manzana de invierno, y con el tipo de una jovencita. Una vez me vio cosiendo un botón e insistió en repasar mis camisas. Era diferente a las esposas de los capitanes que había conocido en los clíper de primera clase. Cuando le llevé las camisas, dijo: “¿Y los calcetines? Les hará falta algún remiendo, estoy segura; todas las cosas de John (el capitán Beard) están ya en orden. Me encanta hacer algo”. Bendita anciana. Me repasó el equipo, y mientras tanto leí por primera vez el *Sartor Resartus*<sup>[19]</sup> y el *Ride to Khiva*<sup>[20]</sup>, de Burnaby. Entonces no entendía muy bien al primero, pero me acuerdo de que por aquella época antepuse el soldado al filósofo; una preferencia que la vida me ha confirmado plenamente.

Uno era un hombre, y el otro lo era, más o menos. En cualquier caso, ambos están muertos, y la señora Beard está muerta, y la juventud, la fuerza, el genio, los ideales, los logros, los corazones sencillos..., todo muere. No importa».

«Al fin, cargaron el nuestro. Enrolamos una tripulación<sup>[21]</sup>. Ocho marineros competentes y dos grumetes. Una tarde navegamos hasta las boyas, junto a las compuertas de la bocana, listos para zarpar, con la hermosa perspectiva de emprender el viaje al día siguiente. La señora Beard tenía que salir hacia su casa en el último tren. Cuando el barco estuvo amarrado, fuimos a tomar el té. Durante la merienda Mahon, el viejo matrimonio y yo permanecimos sentados, y más bien en silencio. Acabé el primero, y me escabullí a fumar un cigarro. Mi cabina se encontraba en una camareta sobre la cubierta, pegada a la popa. La marea estaba alta, había viento fresco, y lloviznaba. Las dobles compuertas se encontraban abiertas, y los vapores de carbón iban y venían en la oscuridad con las luces encendidas brillando, un enorme chapoteo de hélices, y el repiquetear de los cabrestantes; se oían muchas voces al final del muelle. Observaba la procesión de las luces de tope deslizándose por arriba, y las luces verdes deslizándose por abajo a través de la noche cuando, de pronto, un resplandor rojo me deslumbró, se desvaneció, volvió a aparecer, y se quedó fijo.

La proa de un vapor se nos echaba encima. Grité abajo, a los de la cabina: “¡Subid, rápido!”; y entonces, en la oscuridad, a lo lejos, oí una voz espantada diciendo: “Párelo, señor”. Repicó una campana. Otra voz gritó avisando: “Corremos derechos hacia ese barco, señor”. La respuesta fue un destemplado “Perfectamente”, a lo que siguió un fuerte estrépito cuando el vapor golpeó oblicuamente con la amura nuestro aparejo de proa. Hubo un momento de confusión, con gritos y carreras, aquí y allá. El vapor rugió. Luego se oyó a alguien decir: “Ya está libre, señor”. “¿Os encontráis todos bien?” preguntó la voz destemplada. Yo había saltado a proa a comprobar los daños, y me volví gritando: “Eso creo”. “Atrás, despacio” ordenó la voz destemplada. Repicó una campana. “¿Qué vapor es ese?” gritó Mahon. En ese momento, para nosotros no era más que una sombra voluminosa maniobrando para separarse. Nos vocearon un nombre, un nombre de mujer, Miranda o Melissa, o algo así. “Esto significa otro mes en este espantoso agujero” me dijo Mahon mientras inspeccionábamos con las lámparas la borda astillada y las brazas rotas. “Pero ¿dónde está el capitán?”».

«No lo habíamos visto ni oído en todo el tiempo. Fuimos a buscarlo a popa. Una voz quejumbrosa se alzó en medio de la dársena llamándonos: “¡Judea, ah del barco!”. ¿Cómo demonios había llegado allí? “¡Hola!”, voceamos. “Estoy a la deriva en el bote, no tengo remos” gritó. Un barquero a quien la noche había sorprendido allí mismo, nos ofreció sus servicios, y Mahon cerró el trato para remolcar a nuestro patrón hasta el costado del barco por media corona. Fue la señora Beard la que subió primero por la escala. Habían estado flotando en la dársena con aquella llovizna fría,

cerca de una hora. No me había sentido tan asombrado en toda mi vida».

«Según parece, cuando el capitán me oyó gritar “¡Subid!” comprendió en el acto lo que ocurría, levantó en brazos a su mujer, cruzó corriendo la cubierta, y bajó a nuestro bote que se encontraba amarrado a la escala. Nada mal para un viejo de sesenta años. Pensad en el viejo salvando heroicamente a la anciana, a la mujer de su vida, en sus propios brazos. La sentó en el banco del bote, y ya estaba listo para subir a bordo cuando la amarra, sin saber cómo, se soltó dejándolo al garete, y se alejaron juntos. Por supuesto que, entre la confusión, no lo oímos gritar. Se le veía avergonzado. Ella dijo jubilosamente “¿Creo que no importa ahora que haya perdido el tren?”. “No, Jenny, baja y caliéntate” refunfuñó él. Y después, a nosotros: “Un marino no debe embarcar a su mujer, digo yo”. Y yo, ahí, fuera del barco. Bien, esta vez no ha pasado nada importante. Vamos a ver lo que ha destrozado ese necio vapor».

«No era mucho, pero nos demoró tres semanas. Al cabo de este tiempo, mientras el capitán estaba ocupado con los agentes, llevé la maleta de la señora Beard a la estación, e instalé confortablemente a la anciana en un vagón de tercera clase. Bajó la ventanilla para decirme, “Eres un buen muchacho. Si ves a John —el capitán Beard— de noche, sin su bufanda, le recuerdas de mi parte que se abrigue bien la garganta”. “Por supuesto, señora Beard” le dije. “Eres un buen muchacho; ya he visto lo atento que eres con John —con el capitán—”. El tren arrancó de golpe; me quité la gorra para despedir a la anciana: no volví a verla nunca... Pasa la botella».

«Nos hicimos a la mar al día siguiente. Al salir esta vez para Bangkok llevábamos ya tres meses fuera de Londres. Habíamos confiado en tardar una quincena, más o menos».

«Fue en enero, y el tiempo era espléndido; ese espléndido tiempo soleado de invierno que tiene más encanto que en verano, porque es imprevisto y frágil, y uno sabe que, aunque quiera, no puede prolongarse. Es como la suerte repentina, como una dádiva de los dioses, como un poco de fortuna que no esperas».

«Duró toda la travesía del Mar del Norte y a todo lo largo del Canal, y se mantuvo así hasta que nos encontramos a unas trescientas millas al oeste de los Lizards<sup>[22]</sup>. Entonces el viento roló al sudoeste y se puso a silbar. En dos días soplaba un temporal. El *Judea*, al paio, se arrastraba en el Atlántico como una vieja caja de velas. Soplaba día tras día: soplaba con odio, sin intervalos, sin piedad y sin descanso. El mundo no era sino una inmensidad de gigantescas montañas de espuma embistiéndonos bajo un cielo tan próximo como para tocarlo con la mano, y sucio como un techo ahumado. En la tormentosa atmósfera que nos rodeaba había tanta espuma volando como aire. Día tras día y noche tras noche, alrededor del barco no existió otra cosa que el aullido del viento, el tumulto del mar, y el ruido del agua rompiendo sobre la cubierta. No había descanso para él ni para nosotros. Se movía,

cabeceaba, enderezaba la testa, se sentaba sobre la cola, daba vueltas, se quejaba, y nosotros teníamos que sujetarnos mientras tanto en cubierta, y atarnos a nuestras literas cuando estábamos abajo, en un constante esfuerzo del cuerpo y preocupación de la mente».

«Una noche, Mahon me llamó por la ventanilla de mi camarote. Daba directamente sobre mi propia litera, donde yacía insomne con las botas puestas. Me sentía como si llevara años sin dormir, y no lograba hacerlo cuando lo intentaba. Dijo, excitado: ¿Tienes ahí la sonda, Marlow? No consigo que funcionen las bombas. ¡Por Dios! Esto no es ningún juego de niños».

«Le di la sonda, y me recosté de nuevo tratando de pensar en otras cosas, pero solo pensé en las bombas. Cuando subí a cubierta aún seguían en ello, y mi turno los relevó en las bombas. A la luz de la linterna traída a cubierta para ver la sonda, alcancé a vislumbrar aquellas caras serias y fatigadas. Achicábamos las cuatro horas enteras. Achicábamos toda la noche, todo el día, toda la semana, turno tras turno. Se iba abriendo y hacía agua continuamente; no tanta como para hundirnos de golpe, pero sí la suficiente como para matarnos con el trabajo de las bombas. Y mientras achicábamos, él se deshacía poco a poco: las bordas desaparecieron, los candeleros estaban arrancados, los respiraderos destrozados, la puerta de la cabina reventó. No quedaba un sitio seco en todo el barco. Iba despanzurrándose poco a poco. Como por arte de magia, el bote grande se había convertido en astillas sujeto a sus bozas. Yo mismo lo amarré, y estaba bastante orgulloso de mi obra, que había resistido tanto tiempo la malicia del mar. Y bombeábamos. Y no cambiaba el tiempo. El mar estaba blanco como una sábana de espuma, como un caldero de leche hirviendo; no se veía un solo claro entre las nubes, no, ni del tamaño de la mano de un hombre, ni durante diez segundos siquiera. Para nosotros no existía ni cielo ni estrellas ni sol ni universo; nada, salvo nubes coléricas y un mar enfurecido. Achicábamos para salvar nuestra preciada vida turno tras turno, y aquello parecía durar meses, años, toda una eternidad, como si hubiéramos muerto y nos halláramos en el infierno de los marinos. Olvidamos el día de la semana, el nombre del mes, el año, y si habíamos estado alguna vez en tierra.

Las velas volaron; el barco iba atravesado al mar con una vela de capa<sup>[23]</sup>, el océano rompía contra él y nos traía sin cuidado. Le dábamos vueltas a aquellas manivelas y teníamos ojos de idiotas. Nada más subir a cubierta solía pasar un cabo alrededor de los hombres, las bombas y el palo mayor, y dábamos vueltas, dábamos vueltas sin parar, con el agua por la cintura, por el cuello o por encima de nuestras cabezas. Todo era igual. Habíamos olvidado lo que se siente al estar seco».

«Y en alguna parte de mí surgió el pensamiento: ¡Por Júpiter! Esto es una aventura del demonio, algo que uno lee; se trata de mi primer viaje como segundo oficial y solo tengo veinte años, y aquí estoy, resistiendo hasta el final tan bien como

cualquiera de estos hombres, y manteniendo en su puesto a mis muchachos. Estaba contento. No habría cambiado aquella experiencia por nada del mundo. Pasé por momentos de júbilo. Cada vez que el viejo y desmantelado barco hundía pesadamente la proa mostrando al aire la bovedilla, me imaginaba que elevaba a las alturas, como en un ruego, en un desafío o en un grito a las nubes sin piedad, las palabras escritas en su popa: *Judea*, Londres. Hazlo o muere».

«¡Oh, juventud! ¡Su fuerza, su fe, su imaginación! El barco no era para mí un viejo y destartado carro arrastrando a través del mundo un flete de carbón; para mí significaba el esfuerzo, la prueba, el juicio de la vida. Pienso en él con gusto, con afecto, con pena; como piensas en alguien muerto que has amado. Nunca lo olvidaré... Pasa la botella».

«Una noche, mientras estábamos sujetos al palo, como he explicado, achicando ensordecidos por el viento y sin fuerzas suficientes como para desearnos la muerte, un pesado golpe de mar rompió a bordo con violencia y nos barrió limpiamente. Nada más recobrar el aliento grité, como era mi deber “Continuad, muchachos”, cuando de pronto sentí que algo pesado que flotaba por la cubierta, me daba en la pantorrilla. Traté de cogerlo y fracasé. Estaba tan oscuro que no podíamos ver la cara de otro a un pie de distancia, ya sabéis».

«Después del golpe, el barco se quedó quieto un rato, y la cosa, sea lo que fuere, me dio en la pierna otra vez. Entonces la atrapé, y era una cacerola. Al principio, idiotizado por la fatiga y no pensando más que en las bombas, no supe lo que tenía en la mano. De repente, me di cuenta y grité: “Muchachos, la camareta ha desaparecido. Dejad eso, y vamos a buscar al cocinero”».

«Había una camareta alta en proa donde estaba la cocina, la litera del cocinero, y el sollado de la tripulación. Como hacía tiempo que esperábamos verla desaparecer, los hombres recibieron la orden de dormir en la cabina, el único sitio seguro en todo el barco. Sin embargo, Abraham, el camarero, se obstinó en aferrarse a su litera estúpidamente, como una mula, creo que por puro pánico; como un animal que no quiere dejar el establo que se desploma en un terremoto. Así que fuimos a buscarlo. Era aventurarse a morir, ya que sin la seguridad del cabo nos arriesgábamos tanto como en una balsa. Pero fuimos. La camareta estaba deshecha, como si una bomba hubiera explotado dentro. Casi todo se había ido por la borda, el fogón, el cuarto de los hombres y sus enseres; todo se había perdido menos dos postes que aguantaban parte del mamparo donde la litera de Abraham estaba sujeta, y que resistieron de milagro. Buscamos a tientas entre las ruinas hasta que llegamos; y allí estaba él, sentado en su litera, en medio de la espuma y los restos del naufragio, farfullando animadamente consigo mismo. Se encontraba fuera de sí; loco, ya sin remedio, para siempre, por culpa de este shock repentino que había sobrepasado los límites de su resistencia. Lo cogimos, lo arrastramos hasta la popa, y lo echamos de cabeza a la

cabina. Comprenderéis que no teníamos tiempo de bajarlo con infinitas precauciones y esperar a ver cómo reaccionaba. Los de abajo lo recogerían al final de las escaleras. Teníamos prisa por volver a las bombas. El asunto no admitía espera. Una vía de agua mala es algo inhumano».

«Se podría pensar que el único propósito de aquel diabólico temporal hubiera sido convertir en un lunático al pobre diablo del mulato. Amainó antes de la mañana; al día siguiente aclaró el cielo, y como el mar se calmó la vía de agua se cerró. Cuando íbamos a izar un juego de velas nuevo la tripulación exigió que volviéramos. Lo cierto es que ya no quedaba nada por hacer. Los botes perdidos, las cubiertas barridas limpiamente, la cabina destripada, los hombres sin otra cosa que lo que llevaban puesto, las provisiones echadas a perder, el barco forzado. Pusimos proa a casa y ¿podríais creerlo?, el viento roló al este, justo de cara. Soplabla fresco, soplabla sin parar. Necesitábamos ganarle cada pulgada al camino. Aunque el barco no hacía agua tan alarmantemente y, en comparación, el mar estaba tranquilo, dos horas achicando de cada cuatro no es ninguna broma, pero se mantuvo a flote hasta llegar a Falmouth».

«La buena gente de allí vive de los accidentes marítimos, y no hay duda de que se alegraron al vernos. Un ávido tropel de calafates afiló sus escoplos a la vista de aquel cadáver de barco. ¡Y por Júpiter que nos lo dejaron más roto que antes! Supongo que el propietario ya estaba en un aprieto. Hubo demoras. Entonces se decidió sacar parte de la carga y calafatear la obra muerta<sup>[24]</sup>. Una vez hecho esto, terminadas las reparaciones y reembarcada la carga, subió a bordo una tripulación nueva<sup>[25]</sup>, y zarpamos —hacia Bangkok—. Al cabo de una semana, estábamos otra vez de vuelta. La tripulación dijo que ellos no iban a ir a Bangkok —ciento cincuenta días de viaje — en una especie de carraca que había que achicar ocho horas de cada veinticuatro; y los periódicos náuticos insertaron de nuevo la reseña: “*Judea*. Bricbarca. De Tyne a Bangkok. Carbón. Arriba a Falmouth<sup>[26]</sup> haciendo agua y con la tripulación en rebeldía”».

«Hubo más demoras —más chapuzas—. Un día, el propietario vino a bordo y comentó que estaba tan afinado como un pequeño violín. El pobre capitán Beard, acosado y humillado, parecía el fantasma del patrón de un *Geordie*<sup>[27][28]</sup>. Recordad que tenía sesenta años y se trataba de su primer mando. Mahon afirmó que era una empresa de locos y que acabaría mal. Yo amaba el barco más que nunca y deseaba desmesuradamente llegar a Bangkok. ¡A Bangkok! Nombre mágico y bendito. En comparación, Mesopotamia no era nada. Recordad que tenía veinte años, y que era mi primer destino como segundo, y que el Oriente estaba esperándome».

«Salimos y fondeamos en la rada exterior con una tripulación nueva, la tercera<sup>[29]</sup>. Hacía más agua que nunca. Era como si aquellos condenados calafates le hubieran abierto en realidad un agujero. En esta ocasión, ni siquiera zarpamos. La tripulación,

simplemente, se negó a manejar el cabrestante».

«Nos remolcaron otra vez al interior del puerto, y nos convertimos en un adorno fijo, en una peculiaridad, en una institución del lugar. La gente nos señalaba a los visitantes: “Ese es el bricbarca que iba a Bangkok, lleva seis meses aquí; ha vuelto tres veces”. Los días de fiesta, los chiquillos que remaban en botes alrededor del barco, chillaban “¡*Judea*, ah del barco!”, y si asomaba alguna cabeza por encima de la borda, se burlaban “¿Adónde ibais, a Bangkok?”. Solo quedábamos tres a bordo. El abatido y viejo patrón vagaba por la cabina como un lunático. Mahon se hizo cargo de la cocina, y súbitamente desarrolló todo el ingenio de un francés preparando pequeños ranchos exquisitos. Yo cuidaba lánguidamente de la jarcia. Nos volvimos ciudadanos de Falmouth. Todos los tenderos nos conocían. En la barbería o en el estanco, nos preguntaban amistosamente “¿Creéis que vais a llegar a Bangkok alguna vez?”. Mientras tanto, el propietario, los aseguradores y los fletadores se peleaban en Londres, y nosotros seguíamos cobrando... Pasa la botella».

«Fue horrible. Moralmente era peor que achicar de por vida. Era como si el mundo nos hubiera olvidado, como si no dependiéramos de nadie y como si nunca fuéramos a llegar a ningún sitio. Era como si, por un embrujo, tuviéramos que vivir por los siglos de los siglos en el interior de aquel puerto, como irrisión y objeto de burla de generaciones de vagos de puerto y barqueros deshonestos de toda la costa. Conseguí la paga de tres meses y cinco días de permiso, y salí disparado hacia Londres. Me costó un día llegar y, casi otro, volver, pero el sueldo entero de los tres meses desapareció igualmente. No sé lo que hice con él. Fui a un music-hall, creo, comí, merendé y cené en un local selecto de Regent Street, y, a su debido tiempo, estuve de vuelta sin otra cosa que enseñar que una edición completa de las obras de Byron y una manta de viaje nueva, a cambio de tres meses de trabajo. El marinero que me acercó remando al barco, dijo: “¡Oiga! Pensaba que había dejado ese vejestorio”. “Eso no llegará nunca a Bangkok”. “Eso es lo que usted cree” le respondí despectivamente, pero aquella profecía no me gustó nada».

«De pronto, un hombre, cierta especie de agente de alguien, apareció con plenos poderes. Tenía toda la cara llena de venillas sanguinolentas, una energía indómita, y era una criatura alegre. Otra vez volvimos a la vida. Una gabarra se abarloó, embarcó nuestra carga, y entramos en dique seco a examinar el cobre desguarnecido. No resultaba extraño que hiciera agua. El pobre trasto, forzado hasta el límite por la tormenta, había expulsado, como con repugnancia, toda la estopa de las juntas más bajas. Se volvió a calafatear, se puso cobre nuevo, y se dejó tan estanco como una botella. Nos acercamos a la gabarra y reembarcamos la carga».

«Entonces, en una hermosa noche de luna, todas las ratas abandonaron el barco».

«Nos habían invadido. Habían destrozado las velas; consumido más víveres que la tripulación, compartido amigablemente nuestras literas y nuestros peligros, y

ahora, cuando el barco estaba listo, decidían marcharse. Llamé a Mahon para disfrutar del espectáculo. Una tras otra, aparecían en la tapa de regala<sup>[30]</sup>, echaban un último vistazo por encima de sus hombros, y saltaban con un golpe sordo a la gabarra vacía. Tratamos de contarlas, pero pronto perdimos la cuenta. Mahon dijo: “¡Bueno, bueno! No me hables de la inteligencia de las ratas. Deberían haberse ido antes, cuando nos libramos de hundirnos por un pelo. Aquí está la prueba de lo tonta que es la superstición. Abandonan un barco en condiciones, y se van a una vieja gabarra podrida donde no tienen nada que comer ¡las muy locas...! Creo que no distinguen lo bueno y lo seguro mejor que tú o que yo”».

«Y tras añadir alguna cosa más, resolvimos que la sabiduría de las ratas había sido burdamente sobrevalorada, no siendo, en realidad, mucho mayor que la de los hombres».

«La historia del barco ya se conocía en todo el Canal, desde Lands End hasta los Forelands<sup>[31]</sup>; en consecuencia, no pudimos conseguir una tripulación en la costa del sur. Desde Liverpool nos enviaron una completa, y de nuevo zarpamos hacia Bangkok».

«Tuvimos brisas favorables, mar en calma en los trópicos, y el viejo *Judea* remoloneaba pesadamente bajo el sol. Cuando iba a ocho nudos, todo crujía en lo alto, y nos atábamos las gorras a la cabeza; pero normalmente vagaba a razón de unas tres millas por hora. ¿Qué otra cosa podíamos esperar? El viejo barco estaba cansado. Su juventud se hallaba donde está ahora la mía, donde está la vuestra, compañeros que seguís este increíble relato. ¿Y qué amigo os echaría en cara vuestros años y vuestro cansancio? No nos quejábamos de él. Para nosotros, al menos los de popa, era como si hubiéramos nacido en él, nos hubiéramos criado y vivido en él durante años, y no hubiéramos conocido nunca otro barco. Sería como renegar de pronto de la vieja iglesia de tu pueblo por no ser una catedral».

«En lo que a mí atañe, la misma juventud me hacía ser paciente. Allí estaba ante mí todo el Oriente y toda la vida, y la convicción de que en aquel barco había pasado por una prueba, y la había superado bastante bien. Y pensé en los hombres de la antigüedad que, siglos antes, hicieron el mismo viaje en unos barcos que no navegaban mejor, hacia la tierra de las palmeras, las especias y las arenas doradas; y pueblos de tez oscura gobernados por reyes más crueles que el romano Nerón y más espléndidos que el judío Salomón. El viejo barco se movía dificultosamente por culpa de la edad y el peso de la carga, y yo, mientras tanto, vivía la vida de la juventud en el desconocimiento y la esperanza. Avanzaba él sordamente a través de una interminable sucesión de días, y los nuevos dorados, resplandeciendo en las puestas de sol parecían pregonar, por encima de un mar que se iba oscureciendo, las palabras pintadas en la popa, “*Judea*, Londres. Hazlo o muere”».

«Entonces entramos en el Océano Índico y gobernamos al norte, hacia la punta de

Java. Los vientos eran débiles. Las semanas pasaban. El, reptaba, hazlo o muere, y la gente de casa empezó a pensar en anunciarnos como “retrasados”».

«Un sábado, al atardecer, estando fuera de servicio, los hombres me pidieron un cubo extra de agua, o algo así, para lavar ropa. Como no tenía ganas de accionar la bomba del agua dulce tan tarde, me encaminé silbando a proa con una llave en la mano, para abrir la escotilla de la bodega y sacar el agua del tanque de reserva que llevábamos allí».

«El olor de abajo me resultó tan inesperado como espantoso. Se diría que miles de lámparas de parafina habían estado ardiendo y echando humo en aquel agujero días enteros. Me alegré al salir. El hombre que me acompañaba tosió y dijo, “Extraño olor, señor”. Le contesté descuidadamente, “Según dicen, es bueno para la salud”, y me dirigí a popa».

«Lo primero que hice fue meter la cabeza bajo el marco del respiradero central. Al alzar la tapa, un soplo visible, algo parecido a una neblina, una bocanada de lánguida bruma ascendió por la abertura. El aire era caliente y tenía un fuerte olor a parafina y hollín. Aspiré una vez y abatí suavemente la tapa; no era cuestión de asfixiarse. La carga estaba ardiendo».

«Al día siguiente empezó a echar humo en serio. Fijaos en que ya nos imaginábamos algo por el estilo porque, pese a que era carbón de seguridad, la carga había sido tan manipulada y se había esparcido tanta con el manejo, que más parecía carbón de fragua que otra cosa. Y se había mojado en más de una ocasión. Mientras lo estuvimos cargando desde la gabarra había llovido todo el tiempo, y ahora, con un viaje tan largo, se había recalentado produciéndose otro caso de combustión espontánea».

«El capitán nos llamó a la cabina. Tenía una carta desplegada sobre la mesa y parecía descontento. Dijo: “La costa occidental de Australia está cerca, pero pretendo continuar hacia nuestro destino. También estamos en el mes de los huracanes, pero mantendremos la proa hacia Bangkok, y combatiremos el fuego. No nos retrasaremos más en ninguna parte, aunque nos aemos todos. En primer lugar, intentaremos sofocar esta maldita combustión mediante la falta de aire”».

«Lo intentamos. Sellamos todos los resquicios, y aún echaba humo. Seguía saliendo por hendiduras imperceptibles; traspasaba mamparas y cubiertas; rezumaba aquí y allá, por cualquier parte, en finas hebras, en una telilla invisible, de forma incomprensible. Se colaba dentro de la cabina, en el castillo de proa; envenenaba los lugares a resguardo de la cubierta; podía olerse desde la verga del palo mayor. Estaba claro que si el humo salía el aire entraba. Era descorazonador. La combustión se negaba a ser sofocada».

«Decidimos echar agua y abrimos las escotillas. Grandes cantidades de humo

blancuzco, amarillento, espeso, grasiento, nebuloso y sofocante llegaban hasta las perillas<sup>[32]</sup>. Nos quitamos todos de en medio yéndonos a popa. Entonces, la nube venenosa se disipó, y reemprendimos el trabajo entre una humareda que, ahora, no era más espesa que la de la chimenea de una fábrica».

«Preparamos la bomba impelente, enchufamos la manguera y, al poco rato, reventó. Bien, era tan vieja como el barco; una manguera prehistórica, reparada ya anteriormente. Entonces bombeamos con la endeble bomba de proa y sacamos el agua con baldes. De este modo nos las arreglamos para verter, al cabo del tiempo, buena parte del Océano Índico en la bodega principal. El chorro resplandecía brillando al sol, se derramaba sobre una capa de serpenteante humo blanco, y desaparecía bajo la negra superficie de carbón. El vapor subía confundiéndose con el humo. Era como verter agua salada en un barril sin fondo. Nuestro destino era bombear en aquel barco: bombear afuera, bombear dentro. Después de echar agua afuera para salvarnos de morir ahogados, ahora, frenéticamente, echábamos agua dentro para salvarnos de morir abrasados».

«Y él reptaba, hazlo o muere, bajo un tiempo sereno. El cielo era un prodigio de pureza, un prodigio de azul. El mar estaba pulido, azul, cristalino, centelleando como una piedra preciosa, abriéndose por todas partes, por todo el horizonte, como si el globo terrestre entero fuera una joya, un zafiro colosal, una gema única transformada en planeta. Y sobre el brillo de las grandes aguas en calma, el *Judea* se deslizaba imperceptiblemente, envuelto en lánguidos y sucios vapores, en una perezosa nube arrastrada a sotavento, liviana y lenta; una nube hedionda que corrompía el esplendor del mar y el cielo».

«Como es lógico, no habíamos visto el fuego en todo el tiempo. La carga ardía echando humo en alguna parte del fondo. Una vez, Mahon, mientras estábamos trabajando codo con codo, me dijo con una sonrisa extraña: “Ahora, con que solo se abriera una vía de agua decente, como cuando salimos del Canal la primera vez, se acabaría este fuego ¿no? Comenté por encima. ¿Se acuerda usted de las ratas?”».

«Luchábamos con el fuego, y también gobernábamos el barco con tanto cuidado como si no ocurriera nada. El camarero cocinaba y se ocupaba de nosotros. De los otros doce hombres, ocho trabajaban mientras cuatro descansaban. Todos tenían un turno, incluido el capitán. Existía igualdad, y si no exactamente fraternidad, al menos, había buenos sentimientos. De vez en cuando, un hombre, al echar un balde de agua por la escotilla, daba un alarido “¡Hurra por Bangkok!” y los demás se reían. Pero, normalmente, estábamos taciturnos y serios; y sedientos. ¡Oh, qué sed! Debíamos tener cuidado con el agua. Raciones estrictas. El barco echaba humo, el sol abrasaba... Pasa la botella».

«Lo intentamos todo. Incluso hicimos un intento de llegar al fuego cavando. Sin resultado, por supuesto. Ningún hombre pudo permanecer más de un minuto abajo.

Mahon, que fue el primero, se desmayó allí mismo, e igual le ocurrió al que bajó a buscarlo. Los halamos hasta la cubierta. Entonces salté a la bodega, para demostrar lo fácil que era aquello. A estas alturas ya se habían vuelto más prudentes, y se contentaron con pescarme con un garfio atado a un mango de escoba, creo. No me ofrecí a buscar mi pala que se había quedado abajo».

«La cosa empezó a tener mal aspecto. Echamos al agua el bote grande. El segundo estaba listo para ser botado. También teníamos otro de catorce pies, en el pescante de popa, donde estaba bastante seguro».

«Entonces, observad, el humo disminuyó de pronto. Doblamos nuestros esfuerzos para anegar el fondo del barco. En dos días no había humo. Todos mostraban una amplia sonrisa. Esto fue un viernes. El sábado no se trabajaba, aunque, por supuesto, maniobramos el barco. Por primera vez en quince días, los hombres se lavaron la ropa y la cara, y hubo una comida especial para ellos. Hablaban de la combustión espontánea con desprecio, entendiéndose que ellos eran los tipos adecuados para sofocar combustiones. De algún modo, nos sentíamos todos como si cada uno hubiera heredado una gran fortuna. Pero un olor a quemado brutal flotaba alrededor del barco. El capitán Beard tenía los ojos y las mejillas hundidos. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo encorvado y retorcido que era. Mahon y él merodeaban juiciosamente alrededor de las escotillas y los respiraderos, husmeando. Descubrí de pronto que el pobre Mahon era un hombre viejo, muy viejo. En cuanto a mí, estaba tan satisfecho y orgulloso como si hubiera contribuido a ganar un gran combate naval. ¡Oh, juventud!».

«Fue una noche hermosa. Por la mañana, un barco que iba de vuelta a casa se cruzó con nosotros sin que distinguiéramos el casco<sup>[33]</sup>. Era el primero que veíamos en varios meses. Por fin nos íbamos acercando a tierra; la Punta de Java se encontraba a unas 190 millas, casi enfilada al norte».

«Al día siguiente tuve guardia en cubierta de ocho a doce. En el desayuno, el capitán advirtió: “Es prodigioso cómo ronda ese olor por la cabina”. Sobre las diez, con el patrón en la popa, bajé un momento a la cubierta principal. El banco del carpintero estaba detrás del palo mayor. Me apoyé en él mientras fumaba una pipa, y el carpintero, un chico joven, se acercó a charlar conmigo. Observó: “Parece que lo hemos hecho muy bien, ¿no es verdad?”, y entonces comprobé fastidiosamente que el muy loco estaba intentando ladear el banco. Le dije bruscamente “No, Chips”, y acto seguido tuve una sensación extraña, una ilusión absurda; de algún modo me pareció que estaba en el aire. Todo lo que oía a mi alrededor era como si se hubiera liberado un suspiro contenido, como si mil gigantes hubieran dicho simultáneamente ¡Fu!, y sentí una sorda conmoción que, de golpe, hizo que me dolieran las costillas. No cabía duda, estaba en el aire, y mi cuerpo iba describiendo una corta parábola. Pese a lo breve que fue todo, tuve tiempo de pensar varias cosas, recuerdo que en este orden:

“Esto no lo puede hacer el carpintero. ¿Qué es esto? Algún accidente. ¿Un volcán submarino? ¡Carbón, gas! ¡Por Júpiter, hemos explotado! Han muerto todos. Estoy cayéndome por la escotilla de popa. Veo fuego dentro”».

«El polvo de carbón suspendido en el aire de la bodega se había encendido al rojo vivo en el instante de la explosión. En un abrir y cerrar de ojos, en una infinitesimal fracción de segundo desde la primera trepidación del banco, me vi tendido a todo lo largo que era sobre la carga. Me repuse solo y trepé afuera. Fue tan rápido como un rebote. La cubierta era un páramo de maderas rotas entrecruzadas como los árboles de un bosque tras un huracán. Una inmensa cortina de andrajos sucios flameaba ante mí blandamente: era la vela mayor hecha jirones. Pensé: los palos se van a caer en seguida; y para esquivarlos, salté de pronto, y me fui gateando a la escala de popa. Al primero que vi fue Mahon, con los ojos como platos, la boca abierta, y su largo pelo blanco erizado alrededor de la cabeza como un halo de plata. Justo cuando iba a bajar, la visión de la cubierta principal agitándose, palpitando, y haciéndose astillas ante sus ojos lo dejó petrificado en el primer peldaño. Fijé la vista en él, incrédulo, y él fijó la vista en mí con una extraña especie de curiosidad perpleja. Yo no sabía que no tenía ni pelo ni cejas ni pestañas, que mi incipiente bigote había desaparecido quemado, que mi cara estaba negra, que tenía abierta una mejilla, la nariz cortada, y la barbilla sangrando. Había perdido la gorra, una zapatilla, y tenía la camisa hecha jirones. No me había enterado de nada. Me asombraba contemplar el barco aún a flote, la cubierta de popa entera, y más que nada, a todo el mundo vivo. También, la paz del cielo y la serenidad del mar eran verdaderamente sorprendentes. Creo que esperaba verlos crispados por el horror... Pasa la botella».

«Una voz llamaba al barco desde algún sitio, desde el aire o desde el cielo, no podía decirlo. En ese momento vi al capitán, que estaba loco. Me preguntó impacientemente “¿Dónde está la mesa de la cabina?”. Oír tal pregunta me supuso un shock espantoso. Yo acababa de volar, ¿comprendéis?, y temblaba a causa de la experiencia. No estaba totalmente seguro de que siguiera vivo. Mahon se puso a patalear con ambos pies, y le dijo a gritos: “¡Buen Dios, no ve que ha volado la cubierta!”. Recuperé la voz, y como si fuera culpable de una crasa negligencia contra el deber, dije balbuciendo “No sé dónde está la mesa de la cabina”. Era como un sueño absurdo».

«¿Sabéis qué es lo que quería hacer a continuación? Pues bien, quería orientar las vergas. Muy plácidamente, y como perdido en sus pensamientos, insistió en que había que aparejar la verga del trinquete. “No sé si hay alguien vivo allí” dijo Mahon, casi llorando. “Por supuesto, le respondió apaciblemente, habrán quedado suficientes hombres para cruzar la verga del trinquete”».

«Según parece, el viejo estaba en su litera dándole cuerda a los cronómetros cuando la sacudida lo catapultó fuera dando vueltas. De inmediato se le ocurrió,

como después dijo, que el barco había chocado con algo, y se fue corriendo a la cabina. Allí vio que la mesa había desaparecido. Habiendo volado la cubierta, sin duda, habría caído en el lazareto<sup>[34]</sup>. En el sitio donde desayunamos aquella mañana solo encontró un enorme agujero en el suelo. Le pareció tan solemnemente misterioso y le impresionó de un modo tan vivo que, en comparación, lo que vio y oyó después de subir a cubierta fueron simples menudencias. Y fijaos en que se dio cuenta en seguida de que no había nadie a la rueda del timón, y que su bricbarca estaba fuera de rumbo; y entonces, el único pensamiento fue poner la proa de aquel miserable cascarón de barco, desgarrado, sin cubierta y echando humo, enfilando de nuevo su puerto de destino. ¡Bangkok! Es todo lo que quería. Os aseguro que este tranquilo, encorvado, patizambo, y casi deforme hombrecito era inmenso en la sencillez de sus ideas y en la plácida ignorancia de nuestra ansiedad. Nos puso en movimiento con un gesto autoritario, y él mismo se encaminó a coger el timón».

«Sí, eso fue lo primero que hicimos ¡orientar las vergas de aquella ruina! No había muerto nadie, ni siquiera había alguien impedido, pero todos estaban más o menos lastimados. ¡Deberíais haberlos visto! Algunos iban en harapos, con las caras negras como cargadores de carbón, como deshollinadores, con las cabezas tan redondas que parecían cuidadosamente rapadas, y de hecho tenían chamuscada la piel. Otros, los de la guardia siguiente, que se despertaron al salir disparados de sus literas, temblaban sin parar, e incluso seguían gimiendo cuando reemprendieron el trabajo. Pero todos ellos trabajaron. Aquella tripulación de casos difíciles de Liverpool tenía buena madera. Mi experiencia dice que siempre es así. Es el mar quien lo da: la inmensidad, la soledad envolviendo sus oscuras e impasibles almas. ¡Bien! Tropezamos, nos arrastramos, caímos, nos dejamos la piel en un naufragio, y nos levantamos. Los palos aún se sostenían, aunque no sabíamos hasta donde podrían estar quemados por debajo. Estábamos casi encalmados, pero llegó una racha del oeste e hizo de las suyas. Podían irse en cualquier momento. Los contemplábamos con recelo. Uno no podía adivinar hacia dónde acabarían cayendo».

«Entonces retrocedimos hasta la popa, y miramos alrededor. La cubierta era un caos de tablas de canto, de tablas de pie, de astillas, de maderamen destrozado. Los palos se alzaban en aquel caos como enormes árboles sobre una maleza enmarañada. Los intersticios de aquella masa de despojos estaban llenos de algo blancuzco, pesado, vivo; de algo parecido a una niebla grasienta. El humo de un fuego invisible ascendía otra vez, rastrero, como una espesa neblina venenosa en un valle repleto de broza. Perezosos mechones de humo empezaban ya a rizarse entre el montón de astillas. Aquí y allá, un trozo de madera, enhiesto, parecía un poste. Parte del cabillero había atravesado la vela del trinquete, y el cielo era un parche de azul glorioso en la vil lona sucia. Algunas tablas sujetas entre sí habían quedado atravesadas encima de la tapa de regala, con un extremo que sobresalía de la borda, como una especie de plancha que condujese al mar profundo, hacia la muerte; como

si nos invitase a pasar por allí de una vez y acabar con nuestras ridículas preocupaciones.

Y en el aire o en el cielo, un fantasma, algo invisible, seguía llamando al barco».

«Alguien tuvo el buen juicio de mirar alrededor, y allí apareció el timonel, que había saltado impulsivamente por la borda, ansioso por volver. Vociferaba y nadaba enérgicamente como un tritón, manteniéndose junto al barco. Le echamos un cabo, y al momento lo tuvimos ante nosotros chorreando agua, y muy abatido. El capitán había pasado a otro el timón, y aparte, con un codo en la regala y la barbilla en la mano, miraba el mar melancólicamente. Nos preguntábamos: ¿Y ahora, qué? Pensé: “¡Esto es de primera! Algo grande. Me pregunto qué pasará”. ¡Oh, juventud!».

«De repente, Mahon divisó un vapor a lo lejos, por la popa. El capitán Beard dijo: “Aún podemos hacer algo con él”. Izamos dos banderas que en el código internacional de señales marítimas significan: “Fuego a bordo. Necesitamos ayuda inmediata”. El vapor aumentó de tamaño rápidamente y, al poco rato, nos comunicó izando otras dos banderas en el trinquete “Voy en su ayuda”».

«En media hora estaba al lado, a barlovento, al alcance de la voz, balanceándose ligeramente con las máquinas paradas. Perdimos la calma, y empezamos a vociferar excitados, todos a la vez. “Ha habido una explosión”. Un hombre con un casco blanco, nos gritó desde el puente: “¡Sí! ¡Está bien, está bien!”, asintió con la cabeza, sonrió, e hizo ademanes para calmarnos, como si fuéramos un montón de niños aterrorizados. Bajó uno de los botes al agua, que se dirigió a nosotros con sus remos largos. Cuatro calashes bogaban acompasadamente. Fue la primera vez que vi marineros malayos. Los he conocido después, pero lo que me sorprendió en ese momento fue su indiferencia: se abarloadon, y aunque el remero de proa estaba de pie sujetando con un bichero el cadenote, ni siquiera se dignó alzar la cabeza para echar una ojeada. Pensé que la gente que ha sufrido una explosión merece más atención».

«Un hombre pequeño, seco como una astilla y ágil como un mono, saltó a bordo. Era el primer oficial del vapor. Dio un vistazo, y dijo: “Muchachos, será mejor que lo dejéis”».

«Nos quedamos mudos. Durante un rato estuvo hablando aparte con el capitán; parecía discutir con él. Y entonces, se fueron juntos al vapor».

«Cuando nuestro patrón volvió nos enteramos de que el vapor era el *Somerville*, del capitán Nash, con correo desde el oeste de Australia hasta Singapur vía Batavia, y que el trato era que nos remolcaría hasta Anjer o Batavia, caso de que fuera posible. Allí podríamos apagar el fuego por inmersión, y luego, seguir nuestro viaje... ¡a Bangkok! El viejo parecía excitado. “Todavía podemos conseguirlo” le dijo a Mahon, con fiereza. Levantó el puño al cielo. Nadie más dijo una palabra».

«A mediodía, el vapor empezó a remolcarnos. Iba por la proa esbelto y arrogante,

y lo que quedaba del *Judea* lo seguía desde el extremo de un cabo de remolque de setenta brazas; lo seguía velozmente, como una nube de humo con los topes de los palos sobresaliendo por encima. Subimos a aferrar las velas. Empezamos a toser en las vergas, pero tuvimos cuidado con las bolsas de la velas. ¿Nos imagináis a todos plegando esmeradamente las velas de aquel barco condenado a no ir a ninguna parte? No había un solo hombre que no pensara que los palos podían venirse abajo en cualquier momento. Por culpa del humo no veíamos el barco desde arriba, pero trabajaron cuidadosamente pasando los tomadores en cada vuelta. “¡Plegadlas, ahí arriba!” gritó Mahon desde abajo».

«¿Lo comprendéis? No creo que uno solo de aquellos muchachos esperara bajar de la forma habitual. Cuando lo hicimos, oí que uno le decía a otro “Bueno, pensaba que nos íbamos a ir por la borda, con los palos y todo; di que no”. “Lo mismo creía yo” respondió cansinamente otro apaleado y vendado espantapájaros. Pensad que eran hombres que no tenían inculcado el hábito de la obediencia. Para cualquier testigo no habrían sido más que un montón de profanos costosos sin redención posible. ¿Qué los llevó a hacerlo? ¿Qué los llevó a obedecerme cuando, a sabiendas de que era lo adecuado, les mandé deshacer dos veces los pliegues de la vela del trinquete para que estuviera mejor? ¿Qué? No tenían una reputación profesional, ni ejemplos ni elogios. No era por un sentido del deber; todos sabían demasiado bien cómo esconderse, hacer el vago, y escurrir el bulto cuando les venía en gana, y la mayoría de las veces, lo hacían. ¿Eran las dos libras y diez peniques al mes lo que los condujo allí<sup>[35]</sup>? Consideraban que su paga no era ni la mitad de lo que debía ser. No, era algo que había en ellos, algo innato, sutil, e imperecedero. No digo que la tripulación de un mercante francés o alemán no lo hubiera hecho, pero dudo que lo hubieran hecho de la misma forma. Había entereza en ello, algo tan firme como un principio y magistral como un instinto, el descubrimiento de algo secreto, de algo recóndito; un talento para el bien o el mal que provoca las diferencias raciales, que conforma el destino de las naciones».

«Fue esa noche, a las diez, cuando por primera vez desde que lo combatíamos vimos el fuego. La velocidad del remolque había aventado aquella destrucción latente. Un fulgor azul apareció delante brillando bajo los restos de la cubierta. Vacilaba, agitándose y ascendiendo como la luz de una luciérnaga. Lo vi primero y se lo comenté a Mahon. “Ahora, el juego ha terminado” dijo. “Será mejor dejar el remolque o, si no, el barco reventará de pronto, desde la proa hasta la popa, antes de que podamos soltarlo”. Les dimos un grito; tocamos la campana para llamar su atención, pero seguían remolcándonos. Al final, Mahon y yo fuimos gateando a la proa y cortamos el cabo de remolque con un hacha. No había tiempo de soltar la amarra. Cuando regresábamos a popa, vimos unas lenguas rojas lamiendo la maraña de astillas bajo nuestros pies».

«Desde luego, en el vapor advirtieron en seguida que el remolque se había

soltado. Dio un sonoro pitido, sus luces rastrearon un amplio círculo, se aproximó hasta situarse cerca de nuestro costado, y se paró. Todos estábamos apiñados mirándolo desde la popa. Cada hombre llevaba un atillo o una bolsa. De repente, una llama cónica con la punta retorcida se elevó por delante proyectando en el mar negro un círculo de luz, con las dos embarcaciones en medio, costado con costado, cabeceando ligeramente. El capitán Beard, que había permanecido durante varias horas en el enjaretado inmóvil y mudo, se puso en pie despacio, y pasó por delante nosotros dirigiéndose a los obenques de mesana. El capitán Nash gritó: “¡Vamos! Dense prisa. Llevo a bordo sacas de correo. Os remolcaré con los botes a Singapur”».

«¡Gracias! ¡No!» dijo nuestro patrón. “Tenemos que ver el final del barco”».

«No puedo esperar más tiempo” voceó el otro. “El correo, ya sabéis”».

«¡Sí, sí! Estamos todos bien».

«¡Muy bien! Informaré en Singapur... ¡Adiós!».

«Saludó con la mano. Nuestros hombres dejaron caer sus atillos silenciosamente. El vapor avanzó, y al salir del círculo de luz, desapareció en el acto de nuestra vista, deslumbrados por el fuego que ardía ferozmente. Y entonces supe que vería el Oriente por primera vez al mando de un pequeño bote. Pensé que era hermoso; y que la fidelidad al viejo barco también era hermosa. Íbamos a asistir a su final. ¡Oh, el glamour de la juventud! Su fuego, más cegador que las llamas del barco que ardía arrojando una luz mágica sobre el ancho mundo, saltando audazmente hacia el cielo para, enseguida, ser extinguido por el tiempo, más cruel, más inhumano, más amargo que el mar, y como las llamas del barco ardiendo, envuelto por una impenetrable noche».

\* \* \*

«El viejo, según su apacible e inflexible estilo, nos previno de que formaba parte de nuestras obligaciones recuperar para los aseguradores todo lo que se pudiera de los aparejos del barco. Así pues, nos fuimos a trabajar a popa, mientras el barco ardía en proa para brindarnos luz en abundancia. Sacamos fuera un montón de trastos. ¿Qué es lo que no recuperamos? Un viejo barómetro, sujeto con una disparatada cantidad de tornillos, estuvo a punto de costarme la vida: una repentina bocanada de humo se me vino encima, pero me escapé justo a tiempo. Había variedad de pertrechos, cabillas de velas, rollos de maroma; la popa parecía un bazar náutico, y los botes estaban llenos hasta la borda de trastos viejos. Uno hubiera pensado que el viejo pretendía llevarse con él todo lo posible de su primer mando. Estaba muy, muy sereno, pero desequilibrado, evidentemente. ¿Podéis creerlo? Quería llevarse en el bote grande un trozo de cable viejo y un anclote<sup>[36]</sup>. “Sí, sí señor” dijimos con deferencia, y los echamos tranquilamente al mar. El pesado botiquín tuvo el mismo destino, al igual que dos bolsas de café verde, latas de pintura —figuraos, ¡pintura!— y un buen

montón de cosas más. Entonces me enviaron con dos hombres a estibar los botes y dejarlos listos, mientras llegaba el momento de abandonar el barco».

«Colocamos todo en su sitio; pusimos el palo del bote grande para nuestro patrón, que iba a hacerse cargo de él, y cuando me senté un momento, no me dio pena. Tenía la cara desollada, las extremidades me dolían como si estuvieran rotas, notaba todas las costillas, y hubiese jurado que me había retorcido la espina dorsal. Los botes, amarrados a popa, estaban en una completa oscuridad, y todo cuanto podía ver era el círculo del mar iluminado por el fuego. Una llama gigantesca se elevó delante, tiesa y limpia. Brilló ferozmente haciendo ruido, como un aleteo con estruendos de trueno. Hubo crujidos, explosiones, y las chispas volaban hacia arriba desde el cono de la llama, de la misma forma que el hombre ha nacido para los problemas, para los barcos que hacen agua y para los barcos que arden».

«Lo que me preocupaba era que estando el barco de costado a la ola y con un viento como el que había, un mero soplo, no se mantuvieran los botes a popa, donde estaban amarrados y seguros, sino que se empeñaran, con esa terca manía que tienen los botes, en meterse bajo la bovedilla, y que entonces chocaran con el costado del barco. Estaban dándose golpes peligrosamente, y se aproximaban a las llamas al mismo tiempo que el barco se venía sobre ellos y, por supuesto, siempre existía el peligro de que los palos cayeran de lado en cualquier momento. Los dos hombres que vigilaban los botes y yo los manteníamos separados lo mejor que podíamos, con remos y bicheros, tan separados como nos era posible; pero seguir así continuamente resultaba exasperante, y no había razón para que no nos fuéramos de una vez. Ni podíamos ver a los que estaban a bordo ni imaginarnos el motivo del retraso. Los marineros de los botes renegaban por lo bajo, y yo no solo tenía mi trabajo sino que también debía mantener en su puesto a dos hombres que manifestaban una inclinación continua a abandonarse y a dejar correr las cosas».

«Al final, grité “¡Los de cubierta!” y se asomó alguien. “Aquí estamos listos” dije. La cabeza desapareció y en seguida volvió a aparecer: “El capitán dice que muy bien, señor, y que mantenga los botes bien separados del barco”».

«Pasó media hora. De pronto se produjo una barahúnda terrible, un chirrido, un rechinar de cadenas, un silbido de agua, y millones de chispas se elevaron con la vacilante columna de humo que seguía inclinándose levemente sobre el barco. El fuego había consumido las serviolas<sup>[37]</sup>, y las dos anclas, al rojo vivo, se habían ido al fondo llevándose con ellas doscientas brazas de cadena, también al rojo vivo. El barco se estremeció, las llamas se inclinaron prestas a desplomarse, y el mastelerillo de perico se vino abajo. Se precipitó como una flecha de fuego, se sumergió, y al momento emergió con ímpetu, a menos de un remo de distancia de los botes, para terminar flotando mansamente y muy negro, en el mar luminoso. Llamé a los de cubierta otra vez. Al cabo de cierto tiempo alguien, en un tono inesperadamente

jovial aunque apagado, como si quisiera hablar con la boca cerrada, me comunicó: “Vamos en seguida, señor”, y desapareció. Durante un buen rato solo oí el zumbido y el rugido del fuego. Se oían silbidos también. Los botes cabeceaban, tiraban con fuerza de las amarras, se iba uno contra otro estrepitosamente, y chocaban de costado sin parar; hasta que al final, pese a nuestros esfuerzos, se arracimaron contra la banda del barco. No pude soportar más aquello, y trepé por una maroma encaramándome a bordo por la popa».

«Estaba tan iluminado como si fuera de día. La lengua de fuego se me figuró de pronto una visión terrible, y al principio, solo pude soportar el calor a duras penas. En un almohadón del sofá que habían sacado con garfios de la cabina, el capitán Beard, con las piernas en alto y la cabeza apoyada en un brazo, dormía mientras la luz del fuego jugaba sobre él. ¿Sabéis, más o menos, a lo que se dedicaba el resto? Estaban sentados en la cubierta, a popa, alrededor de una caja abierta, comiendo pan y queso, y bebiendo cerveza negra embotellada».

«Sobre el fondo de llamas que se entrelazaban en feroces lenguas por encima de sus cabezas daba la impresión de que se encontraran tan cómodos como las salamandras, con todas las trazas de una banda de piratas terribles. El fuego rutilaba en el blanco de sus ojos y relampagueaba en la piel blanca que asomaba por los rotos de las camisas. En todos se veían las huellas de la batalla: cabezas vendadas, brazos inmovilizados, un jirón de harapo sucio alrededor de una rodilla; cada hombre tenía una botella entre las piernas y un pedazo de queso en la mano. Mahon se levantó. Con su elegante y alborotada cabeza, su perfil aquilino, su larga barba blanca y una botella abierta en la mano parecía uno de aquellos temibles corsarios de antaño disfrutando en medio de la violencia y la desgracia. “La última comida a bordo” declaró con solemnidad. “No hemos comido nada en todo el día, y no tenía ningún sentido dejar todo esto aquí”. Blandió la botella y señaló al patrón dormido. “Dijo que no podía tragar nada, así que lo acosté en el suelo” añadió; pero como me quedé mirándolo asombrado, dijo: “Yo no sé si tú sabes, joven, que el hombre no ha dormido en varios días, y maldito sea lo poco que dormirá en los botes”. “Pronto no habrá botes si seguís tonteando más” contesté indignado. Me acerqué al patrón y lo sacudí por el hombro. Al final abrió los ojos, pero no se movió. “Es hora de dejarlo, señor”, dije con serenidad».

«Se levantó trabajosamente, miró las llamas, el mar resplandeciendo en torno al barco, que a lo lejos estaba negro, negro como la tinta; y miró las estrellas brillando oscurecidas a través de un fino velo de humo en el cielo negro, tan negro como el Erebo».

«Primero, los más jóvenes, dijo».

«Uno de los marineros, después de secarse la boca con el dorso de la mano se puso en pie, gateó al coronamiento, y desapareció. Los demás fueron siguiéndolo.

Uno, a punto de saltar, se paró un momento a apurar la botella, y con un amplio giro del brazo la arrojó al fuego. «¡Toma esto!» gritó.

«El patrón se iba quedando atrás, desconsolado, y lo dejamos solo durante un rato para que intimara con su primer mando. Luego subí otra vez, y me lo llevé definitivamente. Ya era hora. Los herrajes de popa quemaban al tocarlos».

«Entonces se cortó la amarra del bote grande, y los tres botes juntos se separaron del barco. Cuando lo abandonamos habían pasado exactamente dieciséis horas desde la explosión. Mahon se hizo cargo del segundo bote, y yo del más pequeño, de 14 pies. Todos cabíamos en el grande, pero el patrón había dicho que debíamos recuperar cuanto pudiéramos para los aseguradores, y de este modo conseguí mi primer mando. Llevaba dos hombres conmigo, una caja de galletas, unas pocas latas de carne y un pequeño barril de agua. Tenía orden de mantenerme cerca del bote grande, para que en caso de mal tiempo pudiéramos pasar a él».

«¿Y sabéis lo que pensé? Pensé abandonar su compañía en cuanto me fuera posible. Quería mi primer mando solo para mí. No iba a navegar en formación cuando tenía la oportunidad de viajar a mi aire. Quería llegar a tierra por mí mismo. Quería vencer a los otros botes. ¡Juventud, la eterna juventud! La necia, encantadora y bella juventud».

«Pero no nos fuimos en seguida. Debíamos presenciar el final del barco, y los botes se mantuvieron alrededor de él esa noche yendo y viniendo entre las olas. Los hombres dormían, se despertaban, suspiraban y gemían. Yo contemplaba el barco ardiendo».

«Entre las tinieblas de la tierra y el cielo ardía ferozmente sobre un disco de mar púrpura tornasolado por el juego de unos resplandores rojos como de sangre, sobre un disco de agua resplandeciente y siniestro. Una llama alta, limpia, enorme y solitaria se alzaba desde el océano, y desde su cénit el humo negro se derramaba continuamente en el cielo. Ardía furioso, triste e imponente, como una pira funeraria en la noche, rodeado por el mar y velado por las estrellas. Le fue concedida una muerte magnífica, como una gracia, una dádiva, una recompensa al viejo barco al término de sus laboriosos días. La rendición de su agotado espíritu a la custodia de las estrellas y el mar fue tan conmovedora como la visión de un glorioso triunfo. Los palos se vinieron abajo poco antes del amanecer, y se produjo una explosión y un torbellino de chispas que, en un instante, pareció inflamar la noche paciente y desvelada, la noche inmensa yaciendo silenciosa sobre el mar. A la luz del día el barco solo era ya un casco carbonizado, flotando inmóvil bajo una nube de humo, y soportando en el interior una carga de carbón ardiendo».

«Entonces sacamos los remos<sup>[38]</sup>, formamos con los botes en fila, y empezamos a dar vueltas alrededor de su cadáver, como en una procesión, con el bote grande a la

cabeza. Mientras remábamos a la altura de la popa, un fino dardo de fuego salió disparado envenenadamente hacia nosotros, y de pronto, justo en ese momento, empezó a hundirse, la proa primero, con un gran silbido de vapor. La popa intacta fue lo último que se hundió; pero la pintura se había perdido, se había cuarteado, descascarillado, y ya no había letras, ni una palabra, ni la obstinada divisa, que era como su alma, para que resplandeciera bajo el sol naciente su credo y su nombre».

«Pusimos rumbo al norte. Se levantó una brisa, y todos los botes siguieron juntos hasta el medio día. Como no tenía ni palo ni vela en el mío, coloqué un remo haciendo de palo, e icé un toldo como vela con un bichero por verga. La realidad es que el bote iba pasado de palo, pero tenía la satisfacción de saber que con el viento de popa les ganaría. Tuve que esperarlos. Después le echamos un vistazo a la carta del capitán, y tras una amistosa comida a base de pan duro y agua, recibimos las últimas instrucciones. Eran simples: gobernar hacia el norte y permanecer juntos todo lo posible. “Se prudente con ese aparejo de fortuna<sup>[39]</sup>, Marlow” me advirtió el capitán; y Mahon, cuando pasé su bote orgullosamente, arrugó la nariz aquilina y gritó: “Como no tengas cuidado, te vas a ir al fondo en ese bote, joven”. Era un viejo malicioso, ¡ojalá que el mar profundo donde duerme ahora lo acune con dulzura, lo acune tiernamente hasta el fin de los tiempos!».

«Antes de la puesta de sol un sombrío chubasco pasó por encima de los dos botes, que navegaban lejos por la popa, y eso fue lo último que vi de ellos. Al día siguiente iba sentado al timón gobernando mi barquichuelo, mi primer mando, solo con agua y cielo a mi alrededor. Por la tarde distinguí en la lejanía las velas altas de un barco, pero no dije nada, y mis hombres no se enteraron. Comprended que tenía miedo de que fuera de vuelta a casa, y no era mi intención regresar estando ante las mismas puertas del Oriente. Me dirigía a Java, un nombre bendito como Bangkok, ya me entendéis. Estuve al timón durante muchos días».

«No necesito contaros lo que es ir dando bandazos en un bote abierto. Recuerdo días y noches de calma en los que remábamos y remábamos, y daba la impresión de que el bote estuviera inmóvil, como si lo hubieran encantado dentro del círculo del horizonte del mar. Recuerdo el calor, los aguaceros de los chubascos que nos obligaban a achicar por nuestra preciada vida (pese a que llenaron nuestra pipa de agua), y recuerdo dieciséis horas seguidas con la boca seca como la ceniza, y un remo en la popa haciendo de timón, para mantener mi primer mando de proa al mar encrespado. No supe hasta entonces lo bueno que era. Recuerdo las caras chupadas, los cuerpos abatidos de mis dos hombres, y mi juventud, y la sensación de que nunca volvería, de que yo existiría siempre sobreviviendo al mar, a la tierra, y a todos los hombres; la falsa sensación que nos empuja a las alegrías, a los peligros, al amor, a los esfuerzos inútiles, a la muerte; el victorioso convencimiento en la tenacidad, el calor de la vida en un puñado de polvo; la vehemencia del corazón, que cada año se apaga, se enfría, se empequeñece y muere, y muere demasiado pronto, demasiado

pronto, antes que la vida misma».

«Y así es como veo el Oriente. He visto sus lugares secretos y he penetrado su alma; pero ahora lo veo siempre desde un pequeño bote, como una alta hilera de montañas<sup>[40]</sup>, azul y lejana, al amanecer; como una neblina tenue al mediodía; como una mellada pared de púrpura al ocaso. Aún conservo el tacto del remo en la mano y la visión de un ardiente mar azul en los ojos. Y veo una bahía, una bahía ancha, bruñida como el vidrio y pulida como el hielo rielando en la oscuridad. Entre las tinieblas de la tierra, una luz roja arde a lo lejos, y la noche es apacible y cálida. Íbamos tirando de los remos con los brazos doloridos, y de pronto, una racha de viento, una racha lánguida, tibia y saturada de extraños olores de flores y de aromáticas maderas, vino de la quietud de la noche: ese fue el primer suspiro del Oriente en mi cara. Nunca lo olvidaré. Era algo impalpable y esclavizante, como un hechizo, como el susurro de una promesa de misteriosos deleites».

«En el último turno estuvimos remando durante once horas. Dos remaban y el que estaba de descanso iba sentado al timón. Habíamos descubierto una luz roja en aquella bahía, y allí nos dirigimos suponiendo que señalaría algún pequeño puerto de la costa. Pasamos junto a dos embarcaciones estrafalarias y altas de popa, fondeadas al giro; nos acercamos a la luz, ahora muy débil, y enfilamos la proa del bote al extremo de un embarcadero que sobresalía. Estábamos ciegos por culpa del cansancio. Mis hombres dejaron caer los remos y se tumbaron sobre los bancos, como muertos. Amarré a un pilote. La corriente rizaba el agua suavemente. El oscuro perfume de la costa se concentraba en vastas masas, una densidad de colosales macizos de vegetación, con formas probablemente mudas y fantásticas. El semicírculo de la playa centelleaba desmayadamente a sus pies, como un espejismo. No había luces, ni agitación ni ruido. Tenía el misterioso Oriente frente a mi, perfumado como una flor, callado como la muerte, oscuro como una tumba».

«Y me senté más fatigado de lo que puede expresarse, victorioso igual que un conquistador, desvelado y fascinado como ante un profundo y fatal enigma».

«Un chapoteo de remos, una rítmica zambullida al nivel del agua exagerada ruidosamente por el silencio de la costa me hizo saltar. Un bote, un bote europeo se estaba acercando. Invoqué el nombre del muerto; los saludé: ¡Ah del *Judea*! Una voz débil respondió».

«Era el capitán. Le había ganado al buque insignia por tres horas, y estaba encantado de oír de nuevo la voz del viejo, temblorosa y cansada. “¿Es usted, Marlow?”. “Cuidado con el extremo del embarcadero, señor” grité».

«Se acercó con cautela y frenó el bote con el arrastre de la sonda que rescatamos para los aseguradores. Largué mi amarra y me abarloé a su costado. Él se sentó: era una figura rota al timón, calado de rocío, y abrazándose con las manos el regazo. Sus hombres ya estaban dormidos. “Ha hecho un tiempo terrible” murmuró. “Mahon

viene detrás, no muy lejos”. Hablamos entre susurros, en débiles susurros, como si temiéramos despertar a la tierra. Pero ni cañonazos, ni truenos ni terremotos podrían haber despertado a los hombres entonces».

«Mirando alrededor mientras hablábamos vi en el mar, a lo lejos, una luz brillante que atravesaba la noche. “Es un vapor que está pasando frente a la bahía” dije. No estaba pasando, estaba entrando, e incluso llegó cerca de nosotros y ancló. “Quiero que te enteres de si es inglés —dijo el viejo—. A lo mejor pueden darnos pasaje para alguna parte”. Parecía nervioso y ansioso. Así que a fuerza de puñetazos y puntapiés puse a uno de mis hombres en cierto estado de sonambulismo, le di un remo, cogí otro, y remamos hacia las luces del vapor».

«Del interior salía un rumor de voces metálicas que retumbaban huecas en la sala de máquinas, y se oían pisadas en la cubierta. Las portillas brillaban redondas como ojos agrandados. Algunos cuerpos se movían, y había un hombre en la penumbra, de pie en el puente. Oyó mis remos».

«Entonces, antes de que pudiera abrir la boca, el Oriente me habló, pero fue con una voz de Occidente. Un torrente de palabras abocado al enigmático y fatal silencio; palabras extrañas, coléricas, mezcladas con otras palabras, y hasta con oraciones enteras pronunciadas en buen inglés, menos raro pero, en cualquier caso, más sorprendente. La voz blasfemó y maldijo violentamente, estremeciendo la solemne paz de la bahía con una andanada de injurias. Para empezar, me llamó cerdo, y desde ahí fue *in crescendo* hasta adjetivos que no deben mencionarse en inglés. Arriba, el hombre rabiaba en voz alta en dos idiomas, y con tal sinceridad en su furia que, de algún modo, casi me convenció de que yo había pecado contra la armonía del universo. Aunque solo lo veía a duras penas, pensé que le iba a dar un síncope».

«De pronto paró, y lo oí resoplando y bufando como una marsopa. Dije:»

«¿Qué vapor es ese, por favor?».

«¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Y quién es usted?».

«Los náufragos de un bergantín inglés que ha ardidido en el mar. Arribamos aquí esta noche. Soy el segundo. El capitán está en el bote grande y desea saber si usted podría darnos pasaje a alguna parte».

«¡Oh, Dios mío! Digo... este es el *Celestial*, que viene desde Singapur, en viaje de vuelta. Lo arreglaré con su capitán por la mañana... y... digo... ¿me ha oído usted ahora mismo?».

«Diría que le ha oído toda la bahía».

«Pensé que era un bote de la costa. Pero, mire ahí, ese endemoniado vigilante, vago y canalla, se ha ido a dormir otra vez, maldito sea. La luz está apagada, y por poco embisto el saliente de ese condenado muelle. Es la tercera vez que me la hace. Y

ahora yo le pregunto: ¿puede soportar uno esta clase de cosas? Es suficiente para sacar a un hombre de sus casillas. Daré parte de él... Haré que el ayudante del Residente lo despida ¡por...! No hay luz, vea. Está apagada ¿no es cierto? Lo tomo por testigo de que la luz está apagada. Debería haber una luz ¿sabe usted? Una luz roja en el...».

«Había una luz», «dije indulgentemente».

«¡Pero, hombre, está apagada! ¿Qué sentido tiene decir eso ahora? Puede ver usted mismo que está apagada ¿no? Si tuviera que gobernar un vapor tan costoso en esta costa dejada de Dios, también querría una luz. De un puntapié voy a enviarlo al otro extremo de su miserable muelle. Ya verá si lo hago. Voy a...».

«¿Así que puedo decirle a mi capitán que nos llevará?, lo corté».

«Sí, les llevaré. Buenas noches», «dijo bruscamente».

«Volví remando, amarré al embarcadero de nuevo, y por fin me dormí. Me había encontrado con el silencio del Oriente y había oído un poco de su lengua. Pero cuando abrí los ojos otra vez, el silencio era tan perfecto como si nunca hubiera sido roto. Estaba echado en medio de una marea de luz, y el cielo nunca me había parecido antes tan alto y lejano. Abrí los ojos, y seguí tendido sin moverme».

«Y entonces vi a los hombres de Oriente —que me miraban a mí—. Todo el embarcadero estaba lleno de gente. Vi caras morenas, bronceadas, amarillas, ojos negros, el brillo, el color de la muchedumbre en el Oriente. Aquellos seres nos observaban fijamente, sin un murmullo, sin un suspiro, sin moverse. Tenían la vista clavada en los botes, en los hombres que dormían y que habían llegado hasta ellos desde el mar, por la noche. No se movía nada. Las frondosas palmeras permanecían inertes contra el cielo. No se agitaba ni una rama en toda la costa, y los tejados pardos de las casas ocultas se asomaban a través del follaje verde y de las grandes hojas que colgaban brillando quietas, como hojas forjadas en metal pesado. Este era el Oriente de los navegantes antiguos, tan viejo, tan misterioso; resplandeciente y sombrío, vivo e intacto, lleno de peligros y promesas. Y estos eran sus hombres. Me incorporé de pronto. Una ola movió a la muchedumbre desde un extremo al otro, pasó entre las cabezas, ladeó los cuerpos, corrió a lo largo del embarcadero como una onda en el agua, como un soplo de viento en un campo, y todo quedó inmóvil de nuevo. Ahora lo estoy viendo: la vasta extensión de la bahía, las arenas resplandecientes, la abundancia de los infinitos y variados verdes, el mar azul como el mar de un sueño, la muchedumbre con caras curiosas, el incendio de vivos colores, el agua reflejándolo todo, la línea curva de la costa, el embarcadero, la estrafalaria embarcación de popa alta flotando quietamente, y los tres botes donde los agotados hombres llegados de Occidente dormían ajenos a la tierra y a los habitantes, y a la violencia de la luz del sol. Dormían tumbados en los bancos o hechos un ovillo en el suelo de tablas, con las indolentes posturas de la muerte. La cabeza del viejo patrón, apoyada en la popa del

bote grande, se había desplomado sobre el pecho y parecía como si nunca fuera a despertarse. Más allá, el rostro del viejo Mahon miraba al cielo con su larga barba blanca cubriéndole el pecho, como si le hubieran disparado sentado al timón; y otro hombre, completamente encogido, dormía entre las amuras del bote abrazando la roda con ambos brazos y con la mejilla pegada a la borda. El Oriente los miraba sin un sonido».

«Desde entonces he conocido su fascinación. He visto las costas misteriosas, las aguas en calma, las tierras de los pueblos cobrizos donde una recatada Némesis acecha, persigue, y atrapa a tantos y tantos hombres de la raza de los conquistadores, que se sienten orgullosos de su sabiduría, de su conocimiento y de su fuerza. Pero, para mí, todo el Oriente cabe en esta visión de mi juventud. Está todo en ese momento cuando abrí mis jóvenes ojos y me encontré con él después de una pelea con el mar, y yo era joven, y lo vi mirándome. ¡Y esto es cuanto queda! Solo un instante; un momento de fuerza, de ensueño, de fascinación ¡de juventud...! Un destello del sol en una orilla extraña, el tiempo que dura un recuerdo, el tiempo que dura un suspiro, y ¡adiós! La noche. ¡Adiós...!».

Bebió.

«¡Ah! Los viejos tiempos, los viejos tiempos. La juventud y el mar. ¡La fascinación y el mar! El bueno y duro mar; el salado y amargo mar, que te podía susurrar algo, y rugirte y cortarte la respiración».

Bebió otra vez.

«Aunque lo más maravilloso de todo es el mar, creo, el mismo mar, ¿o es la juventud sola? ¿Quién puede saberlo? Todos vosotros habéis conseguido aquí algo de esta vida: dinero, amor —todo cuanto se obtiene en tierra—, pero, decidme ¿no fue esa época la mejor? La época cuando éramos jóvenes en el mar; jóvenes y sin nada, en el mar que no da nada salvo duros golpes, y a veces, una oportunidad para medir vuestra fortaleza, solo eso; ¿no es lo que todos echáis de menos?».

Y todos asentimos: el hombre de las finanzas, el hombre de la contabilidad, el hombre de leyes, todos asentimos sobre la mesa pulida que, como una lámina inmóvil de agua parda, reflejaba nuestras caras con surcos y arrugas; nuestras caras marcadas por la fatiga del trabajo, las decepciones, los éxitos, el amor; nuestros ojos cansados mirando fijos, mirando siempre, mirando ansiosos ese algo fuera de la vida, que mientras se espera ya se ha ido, que ha pasado sin ser visto, en un suspiro, en un instante, junto con la juventud, con la fuerza, con la nostalgia de las ilusiones.

## JUVENTUD

Durante el mes de mayo de 1898, un Joseph Conrad desesperado abandonó la redacción de su novela *El Rescate*, escribió algunas páginas de *Lord Jim*, y la dejó a un lado para empezar *Juventud*, que según G. Jean-Aubry, «se escribió sola, la mayor parte de un tirón, en unos pocos días». El 3 de junio de 1898 Conrad escribió a Mrs. E. L. Sanderson, esposa de su amigo Edward Sanderson: «Cuando llegó su carta estaba acabando una historia breve (*Youth*)... Hace media hora que he escrito la última palabra». El relato fue aceptado el 9 de junio de 1898 por la Blackwood's Magazine, que pagó por él treinta y cinco libras. Apareció publicado en la revista cuatro meses más tarde, en septiembre de ese año.

## LA PRIMERA EDICIÓN

En junio de 1898, David S. Meldrum, asesor editorial de William Blackwood, sugirió que Blackwood en Inglaterra, y McClure, en América, podían publicar un volumen de historias breves de Conrad que incluyera *Juventud*. Conrad escribió entonces a Edward Garnett:

«He vendido (creo) las cosas del mar (sic) a Blackwood por 35 Libras (13.000 palabras). Meldrum piensa que no habrá ningún problema, pero todavía debe verlo el propio Blackwood. McClure ha sido el colmo de la perfección “Estaremos encantados de ofrecerle a usted en América todo cuanto podamos”, y así sucesivamente. Está deseando publicar un libro de relatos breves. Creo que *Jim* (20.000 palabras), *Juventud* (13.000), *Un marino* (5.000), *Dinamita* (5.000) y otra historia por decidir de 15.000 palabras podrían formar un volumen para Blackwood aquí, y para McClure, allí».

(Carta de mayo de 1898)

De las obras sugeridas por Conrad para este volumen tan solo fue incluida *Juventud*, que apareció finalmente en 1902, con el título: «*Youth: A Narrative; and Two Other Stories*».

## EL JUICIO

*Hubo crujidos, explosiones, y las chispas volaban hacia arriba desde el cono de la llama, de la misma forma que el hombre ha nacido para los problemas, para los barcos que hacen agua, y para los barcos que arden.*

Joseph Conrad

El día 19 de septiembre de 1881 Joseph Conrad embarcó como segundo oficial a bordo del *Palestina*, un bricbarca<sup>[41]</sup> de bandera inglesa con 425 toneladas de desplazamiento, tres palos, bauprés y aquella belleza, hija de un tiempo que vio llegar a su cénit el arte de navegar en los grandes veleros. En los meses que siguieron a esta fecha, el tortuoso viaje del *Palestina* a Bangkok irá trazando el rumbo de otra singladura no menos azarosa: la que unos años más tarde iba a protagonizar el *Judea* en las páginas de *Juventud*.

*Youth, Judea...* ¿acaso estas dos palabras no son sinónimos en la vida de Joseph Conrad?

Volvamos al principio. El *Palestina*, mandado en su último viaje por el capitán Elijah Beard, era propiedad del naviero John Wilson, de South Hackney. Había sido construido en Sunderland en 1857, el año en que nació Conrad. De modo que cuando zarpan ambos tienen la misma edad. El barco es un trasto abandonado. Pero la imaginación del joven marino lo ve con otros ojos. Un viejo velero de madera envuelto en esa melancolía que se desprende de las cosas gastadas por el mar.

Un temporal hace que inviertan la nada despreciable cifra de dieciséis días en llegar desde Londres al Tyne, donde les espera un mísero flete de 557 toneladas de carbón de West Hartley.

En el informe del juicio posterior a la pérdida del barco, que tuvo lugar en Singapur el 2 de abril de 1883, consta que habían zarpado de Newcastle el 29 de noviembre de 1881 con trece hombres a bordo, y que durante los fuertes temporales en el Canal de la Mancha el barco perdió el velamen. El 24 de diciembre, día de Navidad, se detectó una vía de agua en el casco. Cuando cede el temporal la tripulación rehúsa navegar en unas condiciones tan lamentables, y el destartado velero, en medio de las cenicientas olas del Atlántico, vira pesadamente hasta orientar el bauprés enfilandó Falmouth. En ese puerto descargan el *Palestina* y se almacena el carbón, todo ello con el propósito de reparar los desperfectos del casco.

*Juventud* menciona una estadía de medio año en puerto, y añade que trataron de

hacerse a la mar en tres ocasiones, viéndose invariablemente en la imperiosa necesidad de volver a Falmouth. Aquí embarcarán, sucesivamente, otras dos nuevas tripulaciones. No zarparían hasta el 17 de septiembre de 1882. Cerca de nueve meses más tarde.

Lo visto hasta ahora, unido a las inestables brisas marinas de la costa occidental de África —brisas que aportaron su tropical granito de arena a la crónica del viaje—, logró que la travesía hasta el índico del *Palestina* fuera evocada por los entendidos en el arte del suplicio náutico como un inspiradísimo castigo de la cólera de Dios. Y lo mejor estaba aún por llegar...

El 11 de marzo se descubrió en la bodega un inequívoco olor a aceite de parafina; al día siguiente, la carga humeaba. Se echó agua al carbón y se bajaron los botes salvavidas. El 13 empezaron a arrojar carbón por la borda. No habían pasado veinticuatro horas cuando la cubierta entera, de proa a popa, vuela por los aires. El capitán manda que se aprovisionen los botes. Pero antes de dar la orden, sitúa el maltrecho bauprés del *Palestina* enfilando la costa de Sumatra.

En *Juventud*, el *Judea* fue visto por el *Somerville*, pero en el caso del *Palestina*, es el *Somerset* el vapor que los remolcó. Sin embargo, este interrumpiría el remolque ante la negativa de su capitán a seguir arrastrando al moribundo hacia la costa. Son las 11 de la noche del día 14 de marzo. Con el barco ardiendo como una tea, la tripulación salta a los botes. El capitán Beard sube al más grande, junto con tres marineros; el primer oficial y cuatro marineros van en otro, mientras que el segundo oficial, Conrad, con los tres marineros restantes, se hace cargo del bote más pequeño. Se mantienen remando alrededor del velero en llamas hasta el amanecer. A las ocho y media el barco empieza a hundirse de proa, y el bauprés del *Palestina* desaparece para siempre en las aguas del índico.

Arribaron a Muntock, en la isla de Banka, lejos de Sumatra, trece horas y media más tarde, a las diez de la noche del 15 de marzo de 1883. Al cabo de una semana, el 22 de marzo, los hombres del *Palestina* llegaron a Singapur, a bordo del S.S. *Sissie*.

El tribunal que juzgó el caso resolvió que el siniestro fue debido a la combustión espontánea de la carga, y que tanto el capitán como los oficiales y la tripulación debían quedar libres de cualquier responsabilidad posterior. Conrad desembarcó el 3 de abril recibiendo como paga 171.12 dólares. Se quedó en Singapur seis semanas, probablemente alojado en el Hogar del Marino —que no tardará en acoger bajo su techo a *Lord Jim*—.

Probablemente, el primero de mayo de 1883 Joseph Conrad subiera a bordo del vapor español León XIII, que zarpaba ese día con rumbo a Liverpool.



JOSEPH CONRAD (1857-1924) nació en Ucrania. Tras la muerte de sus padres, siendo un adolescente, empezó a navegar en el Mediterráneo, en veleros franceses.

Después de pasar por diversas experiencias propias del romanticismo y las circunstancias de la época, en 1878 decide viajar a Inglaterra.

Ese país, el idioma, la bandera y sus barcos harán del joven un capitán de la marina mercante y el autor de páginas memorables. «*Juventud*», «*Lord Jim*», «*El corazón de las tinieblas*», «*La línea de sombra*», «*Tifón*» o «*El Espejo del Mar*», por citar solo algunas de sus obras, lo consagran hoy como uno de los mejores escritores de la historia de la literatura.

# Notas

[1] Fragmento de la nota que Conrad escribió en 1917 para un volumen que incluía *Juventud*, *El Corazón de las Tinieblas*, y *El Fin de la Atadura*. <<

[2] Las citas que aparecen en este prólogo están tomadas de las respectivas traducciones de Javier Marías y Ricardo Baeza, de las obras de Joseph Conrad, *El Espejo del Mar* y *La línea de sombra*. <<

[3] Conrad recuerda a su amigo G.F.W. Hope, especialmente justo antes y después de su experiencia en el Congo, entre 1890 y 1891 (*El corazón de las tinieblas*). Hope dirigió varias compañías. (N. del T.). <<

[4] El *Conway* y el *Worcester* eran los dos barcos escuela de la época. Boris Conrad, hijo del escritor, navegó en el *Worcester*. <<

[5] Partido Conservador. <<

[6] Miembro de la Iglesia Anglicana. <<

[7] Peninsular and Oriental Steam Navigation Company. <<

[8] Vergas que portaban las clásicas velas cuadras. <<

[9] El capitán del *Palestina*, Elijah Beard, había nacido el 2 de mayo de 1824, según consta en el certificado de mando expedido 1868. Tenía cincuenta y siete años cuando se inició el viaje. (N. del T.). <<

[10] El primer oficial del *Palestina*, Mahon, había nacido en Dublín. Rondaba los cincuenta años. (N. del T.) <<

[11] Se refiere a los cabos de Hornos y Buena Esperanza, también conocido como el Cabo de las Tormentas. <<

[12] Conrad procedía del clíper *Loch Etive*. (N. del T.) <<

[13] En una carta dirigida a Conrad en septiembre de 1881, su tío Thaddeus Bobrowski le escribe: «Me parece a mí que no está satisfecho usted con su empleo: ¿es porque al ser un “bricbarca” se resiente su honor? Por supuesto que, entonces, cuatro libras al mes le resultarán una ofensa a su bolsillo; y, para terminar, el capitán, simplemente, le parece una “criatura...”». (*N. del T.*). <<

[14] Conrad había viajado anteriormente a Australia a bordo del *Duke of Sutherland* (1878-79) y el *Loch Etive* (1880-81). (N. del T.). <<

[15] John Brady y John Paris, ambos de diecisiete años, nacidos en Londres, fueron los grumetes del *Palestina*. Navegaron desde Londres al Tyne. Cobraban 7 chelines y 6 peniques al mes. Dejaron el barco en North Shields. (*N. del T.*) <<

[16] El capitán Beard era natural de Colchester. (*N. del T.*). <<

[17] The crew of runners. Con cierta frecuencia, una parte de la tripulación enrolada sin mucho convencimiento, desertaba a la primera oportunidad que se le presentaba.

<<

[18] Es más que probable que se trate del cocinero y camarero Harry Stockbridge, natural de la «Isla de PR.» (¿Puerto Rico?), que desertó en North Shields, el 21 de noviembre de 1881. (*N. del T.*). <<

[19] *Sartor Resartus* (1833). Obra escrita por Thomas Carlyle (1795-1881), historiador y filósofo Victoriano. <<

[20] *Ride to Khiva* (1876), del coronel y viajero británico Frederick Gustavus Burnaby (1842-85). Narra un viaje en invierno a través de la estepa Rusa. <<

[21] A bordo del *Palestina* embarcaron siete marineros de North Shields, incluyendo dos grumetes. (N. del T.) <<

[22] Cornualles. <<

[23] Vela pequeña muy reforzada que se iza en condiciones extremas. <<

[24] Obra muerta. Se refiere a la parte de casco que sobresale de la línea de flotación. Se llama obra viva a la superficie mojada del casco. <<

[25] En febrero de 1882, el *Palestina* embarcó otra tripulación en Falmouth, lo cual significa que el barco dejó Falmouth en ese momento para regresar de nuevo. Este hecho no se menciona en las actas del tribunal de Singapur. (*N. del T.*). <<

[26] El *Palestina* volvió a Falmouth a últimos de diciembre de 1881. (N. del T.). <<

[27] *Geordie*. Barco que transportaba carbón. <<

[28] No era el caso del capitán Beard, a tenor de su certificado de mando. (*N. del T.*).

<<

[29] En septiembre de 1882, el *Palestina* embarcó en Falmouth la tercera y última tripulación. El barco no se hizo a la vela hasta el 17 de septiembre. (*N. del T.*). <<

[30] Pasamanos. <<

[31] Desde la punta oriental de Inglaterra hasta la occidental, en el Canal de la Mancha. <<

[32] Perilla: tope de un palo. <<

[33] Hull down. Debido a la distancia, solo se distingue el velamen del barco. <<

[34] Lazareto. Espacio entre dos cubiertas, que se usa como pañol de víveres. <<

[35] Los marineros más cualificados del *Palestina* cobraban tres libras al mes. (*N. del T.*) <<

[36] Anclote. Ancla pequeña. <<

[37] Serviola: Aparejo (pescante) que sirve para mantener suspendida el ancla. <<

[38] «Los botes se quedaron junto al barco hasta las 8.30 h. del día 15 de marzo de 1883. Todavía flotaba cuando surgió del interior una masa de fuego». Acta del Tribunal. (*N. del T.*). <<

[39] Serviola: Aparejo improvisado. <<

[40] Conrad desembarcó en Muntock, isla de Banka, lejos de la costa de Sumatra. La romántica descripción del escritor contrasta con el comentario que le hizo a Richard Curie en una carta del 24 de abril de 1922: «Muntock es un agujero inmundo sin ninguna playa y sin ningún glamour... el párrafo donde se sostiene que es un sitio peculiar debe minimizarse: es una patraña. Esta es la verdad». (Conrad a un amigo, ed. Richard Curie, New York, 1928). (*N. del T.*). <<

[41] Barque en el original. Velero de tres palos sin vergas cruzadas en el palo de mesana. <<